

TIERRA ES SÓLO TIERRA
P A T R I A,
L A L I B E R T A D



Constanza Gómez Rubio
Rodolfo Gómez Cerda

Muchos de los republicanos españoles que llegaron a Chile derrotados y liberados de campos de concentración, traían como equipaje su pobreza y la esperanza. Con ellas se incorporaron a un país cuya gente los acogió con cariño, comprensión y solidaridad, con la simpatía que quizás sea la mayor que haya despertado una inmigración en el pueblo, que identificó su propia lucha con la que habían dado quienes huían del fascismo que ya amenazaba al mundo.

Y quienes reconstruyen su vida después de los campos de batalla no se sienten héroes ni hacen gala de serlo, sino que se enfrentan con la realidad aunque piensan que no todo está perdido y que la guerra mundial será el hecho que al final marcará el regreso. Mas para los vencedores de ella la España franquista no tiene la misma relevancia que el resto de Europa y es así como los sueños del retorno se esfuman. Entonces hay que hacer una vida a los veinte años, lo que no es fácil cuando recién se está empezando a avanzar hacia la adultez. Mucho menos cuando a esa edad se ha perdido una guerra y se ha dejado atrás una madre, un padre y hermanos a los que difícilmente se volvería a ver. Y si la destrucción de un puente cercena la remota posibilidad del reencuentro, dejándote aislado de tu mundo de la niñez y de la adolescencia, cómo enfrentas la vida nueva si lo has perdido todo, incluyendo tus propias raíces.

TIERRA SÓLO TIERRA. PATRIA, LA LIBERTAD

Constanza Gómez Rubio
Rodolfo Gómez Cerda

Novela 2014

Primera Edición, Octubre de 2014

ISBN N° 978-956-358-151-5

Derechos Intelectuales (DIBAM): Inscripción N° 245.311

© Constanza Alejandra Gómez Rubio

Diseño: Patricio Tapia Ahumada - Email: enderello@gmail.com

CONSTANZA GÓMEZ RUBIO

RODOLFO GÓMEZ CERDA

TIERRA ES SÓLO TIERRA.
PATRIA, LA LIBERTAD

NOVELA

2014

INDICE

PRIMERA PARTE	9
Encuentros y esperanzas	11
Somos los campesinos y hoy somos los soldados	15
El otro frente: lucha contra la desesperanza	39
El camino que no se volverá a pisar	49
Las pérdidas	55
SEGUNDA PARTE	61
La vida nueva: los desafíos del futuro	63
Familia: los nuevos dolores	73
Navegaciones y regresos	85
Las ilusiones perdidas	91
La última y difícil relación	99
El puerto final	105

PALABRAS LIMINARES

Esta novela tiene mucho de historia y esta historia, mucho de novela. Ninguna es más que la otra ni, como en la vida misma, puede decirse dónde está lo real y en qué lugar ha dejado arrinconada la ficción. Lo cierto es que después de una guerra, la reconstrucción de existencias supone recoger aquello que fueron las ilusiones perdidas y juntarlas con las nuevas esperanzas, que no son, por cierto, objetos o cosas que puedan mirarse como concreciones de la realidad. Más aún cuando debes partir derrotado, dejando atrás todo lo que te pertenecía, aunque fueran sueños e ideales que pensabas podrían transformarse en una vida mejor.

Pero tienes la juventud y la fuerza de los veinte años que te empujan a sobreponerte al dolor de lo que pierdes, que si fuiste capaz de encontrar el amor a pesar de la guerra, entiendes que el largo camino que has emprendido y que te llevará a un lugar recóndito e ignoto tendrá algún día su fin, porque con la mujer serán capaces de crear una familia y rescatarán lo que aún no se ha perdido en ese peregrinar. Y lo harán por sobre el sentimiento de derrota, de las pérdidas y de las angustias que se acumularán en sus vidas. Y en la lucha por la supervivencia que emprenden será el trabajo honesto, esforzado y la firme conciencia en que la opción por la República representó lo que querían para vivir, y que su lucha fue y será siempre justa, lo que hará del país al cual llegan la patria que les dará la libertad que perdieron.

Santiago, septiembre de 2014.

PRIMERA PARTE

Y una mañana todo estaba ardiendo

y una mañana las hogueras

salían de la tierra

devorando seres,

y desde entonces fuego,

pólvora desde entonces,

y desde entonces sangre.

(Neruda: Explico algunas cosas)

ENCUENTROS Y ESPERANZAS

*Malditos los que un día
no miraron, malditos ciegos malditos
los que no adelantaron a la solemne patria
el pan sino las lágrimas, malditos
uniformes manchados y sotanas
de agrios, hediondos perros de cueva y sepultura.*

(Neruda: Madrid, 1936)

El espacio se llenó con quienes iban llegando y a pesar de los esfuerzos de los gendarmes por contener a la muchedumbre y de las instrucciones de las voces que salían de los altoparlantes, se lograba poner orden y medida en lo que cada cual hacía. Los empujones y la ansiedad con que se iba de un lado a otro, en medio de gritos que buscaban hombres, mujeres y niños, hasta que lograban encontrarse, llegaban a las lágrimas y al abrazo de felicidad que no reparaba en nada, sino que se entregaban a la inmovilidad que absorbía en los cuerpos la angustia y desesperación que parecían disiparse con ese abrazo. Recién entonces lograban atender las instrucciones que daban por los altavoces. Ya calmada la ansiedad, fueron buscando sus nombres en los listados que estaban en los mesones ubicados en una especie de galpón en el muelle, donde eran atendidos por los encargados de entregarles la documentación requerida para embarcarse. El lento proceso, la toma de fotografías en grupos para acelerar el trámite y entregar el documento de identificación, les dio tiempo para contarse las separaciones y ausencias y una vez cumplidos los requisitos, iniciaban el anhelado avance por las escaleras que los llevaría a la cubierta del barco.

Ella gritó su nombre y él, por la que le correspondía subir, la vio y

agitó sus brazos. Una vez una vez en cubierta, después que los distribuyeran en los espacios señalados para mujeres y hombres, volvieron a encontrarse en el abrazo que trataba de recuperar el tiempo de separación y estrechados por las esperanzas y en medio de otros cuerpos que se apretaban contra la borda, fueron sintiendo el lento desplazarse del barco por el río, iniciando un viaje del cual no sabían su destino, pero sí que albergaba en lo desconocido una vida mejor que la que habían tenido hasta ese día. Llegado el amanecer y pasada la emoción de la partida, ella le entregó un pequeño paquete y le dijo:

-Si hemos de comenzar una nueva vida, que sea sin esa mugre.

Cuando él regresó a su lado, arrojaron las prendas viejas al mar. Era la única manera de alejarse de los piojos.

Entonces tuvieron tiempo para hablarse y reabrir el camino que recién iniciado, hubo de cerrarse con la separación de tantos meses a que los obligó la salida de España.

El reencuentro que al comienzo parecía imposible se fue haciendo a través de los días, desde que él leyó en uno de los diarios que llegaban al campo de concentración, en medio de otras muchas llamadas, su nombre y el de ella que preguntaba por noticias de él. Y comenzaron las cartas esperanzadas, los relatos de las penurias de la reclusión, las palabras de amor anhelantes del día de la libertad. Reconstruían el día aquel en Berga, cuando el paseo diario servía para matar el tiempo, que parecía haberse detenido después de tanto andar y esperar por nada, sabiendo que todo había acabado, pero las decisiones no pasaban por uno y las órdenes no llegaban. Ya no caían bombas y donde estaban tampoco se oían disparos. Nada provocaba confusión y el mañana no se pensaba como posible porque no había planes para él. Caminar aparentando una normalidad que no lo era hacía más llevaderas las tardes vacías, como esa en que repitiendo la costumbre pueblerina bajaron al paseo por la calle mayor. Eran pocos para lo que tiene que haber sido en los tiempos idos, pero igual se iba y venía por la acera con paso lento mientras se conversaba de algo, de recuerdos, de lo que era allá, entonces,

pero nada de lo de hoy ni mucho menos del mañana. En ese ir y venir fue el encuentro. No de frente, sino que al contrario, ella sintió pequeños tirones en las borlas del jersey que llevaba sobrepuesto cubriendo sus hombros y espalda y creyendo que se caía, lo recogía con pequeños tirones hacia arriba, hasta que se dio cuenta que la causa era el juego que, con risa contenida, llevaba un joven de uniforme, a quien sorprendió en el momento en que nuevamente tiraría del tejido.

-Oye, tú, qué haces -fue la primera frase que le dijo.

De respuesta recibió una sonrisa que se mostró en un rostro delgado y en una mirada de ojos verdes. Así empezaron a caminar por la calle mayor y hablaron de ellos, del lejano pueblo en Andalucía de él y de la ciudad de Oviedo, más cercana para ella; de su uniforme de miliciano del Quinto Regimiento, y de la labor en la enfermería en el hospital que hacía ella.

Y se repitieron las tardes hasta que tuvo que partir, nuevamente, a otro lugar, a otro pueblo, aunque ahora cerca de lo que empezaría a ser un destino tanto o más desconocido como la propia guerra. No tendría que caminar meses para llegar a él, como había acontecido desde que partió de su casa: ahora, al menos, estaba el tren y las cartas serían el medio que estaría al servicio de él mismo; podría decirle a ella lo que a otras escribió por encargo de milicianos; hablaría de un corazón de adolescente enamorado en plena guerra, que cuando España es cortada por la mitad piensa que ahí acaba su vida; le contaría de su niñez de monaguillo, de su vida escolar en un internado de curas, de cómo la lejanía de su casa le ha pesado, sin poder imaginarse lo que será el resto de su existencia, ni que estaba por comenzar otra vida que se levantaría sobre las ruinas que esa guerra dejaría también en la de ella.

-Nos vamos a Puigcerdà -le dijo. No sé hasta cuándo, pero no te preocupes. Hay correo a diario que viene en el tren, así que te escribiré. No me olvides.

-Tampoco tú. Te esperaré.

No fue como cuando partió de su pueblo, hacía ya un poco más de dos años. Le había dicho a su madre que se iba a la guerra, y ella, entre gritos, le pedía que no fuera, que en Madrid ya estaba su hermano mayor; para qué iba a buscar la muerte, sin imaginar que su llanto tendría que verterlo cuando le informaran que ese hijo mayor la había encontrado en un bombardeo, allá en la capital. Al salir a la calle se encontró con su padre, a quien le dijo:

-Bueno, padre, me vengo a despedir porque parto.

El hombre se inclinó, puso la cara y el joven le dio un beso. Ninguna palabra, ni un cuídate. Nada. Sólo una mirada.

La despedida de su novia cordobesa mezcló las promesas de amor, los besos que antes no se dieron y la sensación de un cuerpo que no había tenido pero que abrazaba por primera y única vez, en una callejuela cercana a la iglesia de San Miguel. Y tuvo que decirle, años después, que no habría retorno, que lo mejor era que todo terminara porque el país estaba cortado y no sabía si alguna vez se volverían a ver. Que cada cual tenía que hacer su vida.

Y ahora se le abría lo ignoto con la mujer que le dio la guerra, saliendo a un mar que los llevaría a un país extraño del cual lo único que había escuchado en el colegio era que tenía una región llamada Tierra del Fuego, que se imaginaba parecida a las de los mundos imaginarios de Julio Verne, con llamas y fumarolas.

SOMOS LOS CAMPESINOS Y HOY SOMOS LOS SOLDADOS

*Los campos heridos de tanta metralla,
Los pueblos sangrantes por tanto dolor.
Y los campesinos sobre la metralla
Para destrozar al fascismo traidor.
Dejando el arado tirado en la tierra
Tomando el fusil para pelear
Marchamos viriles hacia las trincheras
Para que en España haya libertad.
Somos los campesinos,
Hoy somos los soldados
¡Adelante! gritan nuestros fusiles,
Gritan nuestros arados.
¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!*

(Antonio Aparicio)

Corría una tarde de julio y el verano llenaba de sol y calor los campos andaluces cuando salgo a la calle y veo a los vecinos con escopetas y fusiles, que se disparan unos a otros y a un grupo de hombres más organizado que avanza en medio de gritos. Era una patrulla de milicianos, de obreros armados que hablaban de defender la República contra los ataques de los ricos y de la iglesia. Así me entero que el ejército se había sublevado. Y me fui con ellos al campo. Ahí comencé a aprender lo que era el mundo real, el de mi familia, que el mío hasta entonces era el de la congregación. Era tanta la ignorancia del mundo, que una mañana un compañero, en plena misa me dice “murió Carlos Gardel en un accidente”, y yo sólo atiné a poner cara de pregunta, porque poco o nada sabía de él. Pero ahora, por una percepción de la gente que veía y de lo que oía con fuerza, me di cuenta que lo que se estaba produciendo era una lucha entre los pobres contra los ricos, incluyendo en ella a la iglesia, como defensora de los poderosos y que se

habían levantado contra el gobierno.

Ahora estaba fuera de ese mundo; había terminado mi educación y por esas cosas que nos pasaban a los pobres, los curas me dejaron un año más porque ellos parece que tenían decidido mi futuro y yo no tenía ninguna alternativa con qué oponerme. En realidad, las opciones para un joven medianamente instruido en un pueblo andaluz pequeño, alejado del centro de la provincia y de familia campesina sin escuela, eran las mismas que las de sus mayores: quedarse a trabajar la tierra de otro, del dueño del cortijo, del terrateniente. Pero la otra, la de seguir en el colegio para ser cura no iba conmigo, cansado de tanta religión, del latín de la liturgia y de una opresión que al cabo de los años se me hacía intolerable.

Ya en las milicias populares me hice de un revólver que tenía dos o tres balas. Qué se hace en una guerra con eso. Nada. Puede servir para otras cosas, pero no para ir a la guerra; si había que esperar que uno cayera para que otro tomara su arma, y siempre había una especie de prioridad para acceder a ellas. Así fue como me incorporé a la guerra.

Estaba en Villanueva de Córdoba, aunque a medida que se iban sucediendo los hechos me fui acercando a Pozoblanco, más cerca que Hinojosa del Duque, que era donde estudiaba. Fue allá, a Pozoblanco, adonde llevaron a los prisioneros de la Guardia Civil tomados en los pueblos por donde pasaron los voluntarios que defendían a la República. Esos que en un principio eran leales al gobierno, pero después se sublevaron. Pero poco les duró.

En mi pueblo me quedé un corto tiempo con la familia durante el cual mi madre, a duras penas, me solventaba la existencia, dándome algunas perras para lo primordial: cigarrillos y una que otra ida al cine. En mi estado de adolescente miliciano me tocó estar en el cerco al pueblo para hacerle frente al alzamiento, que una vez sofocado me permitió algunas tardes en que atildado me iba a la plaza a encontrarme con los pocos conocidos, que amigos no tenía y de una novia, hija de una familia vecina. Los escarceos amorosos tenían las características propias de la inocencia pueblerina, pero

más que nada, con la absoluta ingenuidad de un joven salido de un colegio de curas en que jamás se habló de las relaciones con las mujeres, salvo lo que una u otra pregunta nos hacíamos entre nosotros, pensando siempre en el castigo que podría llegar si los curas se enteraban. No pasaban de las rápidas tomadas de la mano y ni siquiera besos a escondidas, porque era imposible escaparse de la vigilancia materna y a mí me pesaban todavía los temores a las acciones pecaminosas para emprender el camino hacia lo desconocido.

Nunca me había cuestionado la razón por la cual estudiaba en ese colegio, que después supe que era un famoso seminario carmelita, pero la realidad era que a Villanueva de Córdoba iba un cura cuya palabra entusiasmaba a las beatas, que no se perdían sermón ni misa. Mi madre era una de ellas, a tal punto que de niño logré que me hicieran monaguillo en la iglesia del pueblo y que después no encontrara nada mejor que encomendarme a él, me sacaran de la escuela primaria y me llevaran a Hinojosa del Duque. Habían sido tantos años en este colegio de una congregación religiosa que mi vida de niño y adolescente al final, entre misas en latín, rezos y estudios, incluidos los reglazos en las manos frías durante el invierno, muy poco sabía de lo que acontecía en el país y en el mundo, porque, además, en mi casa poco se hablaba de ello. Metido en el mundo escolar religioso la otra vida, la del mundo que me rodeaba, se limitaba a lo cotidiano familiar cuando durante el año o en las vacaciones volvía a la casa. Hubo un momento en que de niño lo que me importaba era ganar la gloria en la vida eterna y era tanto mi inmersión en el mundo escolar, que por razones que bien puedo atribuir a la ingesta excesiva de higos que sacaba de una huerta aldeaña a mi casa, me enfermé de una severa indigestión, con dolores, fiebre y todo lo que significa una intoxicación. El médico, no sé si para calmarme o impedir que yo siguiera robándole higos al vecino, me dijo que si esa noche no moría me podía salvar, pero que estuviera tranquilo porque de partir, me iría al cielo con dios y su corte celestial. Mi despertar al día siguiente fue de una inmensa desilusión, pues me había dormido contento de irme al cielo.

Fue en ese encuentro con los milicianos en mi pueblo que comencé a entender y a tomar conciencia de lo que sucedía con los militares alzados, la iglesia y los terratenientes, que mantenían la pobreza en los campos y se enriquecían con el trabajo de quienes, como mi padre, le trabajaban a sus dueños con pagas miserables que a duras penas les daban para vivir. Era, por cierto, una guerra contra los ricos y contra la iglesia que los apoyaba, dándoles indulgencias y bulas para explotar al campesino porque ella también tenía tierras y cortijos en los cuales hacía lo mismo que los terratenientes. Eso quizás fue lo que más me ayudó a alejarme de la iglesia, porque ya estaba cansado de tanta cosa religiosa, de los castigos por hablar en las comidas, por levantar los brazos de la mesa, por errar en las lecciones, por intentar un reclamo ante lo que considerábamos injusto como estudiantes. Preguntarle a un profesor por qué la Inquisición mataba personas en el pasado y tener como respuesta que “nosotros, la Iglesia, en la Inquisición tenía el poder legislativo y coercitivo, por lo que aplicábamos la ley”, fue una de las tantas cosas que me hicieron dudar del camino que estaba emprendiendo como estudiante, porque se identificaban ellos como la iglesia, y me daba cuenta que en verdad eran lo mismo. Te pegaban los profesores, pero los curas eran peores. Recuerdo cómo uno de ellas me golpeó un verano con su cinturón y otro, en pleno invierno, cuando no se podían juntar los dedos por el frío, los errores los hacía pagar con reglazos en las manos: “es que... uno; es que... dos; es que... tres...” y así, hasta que te callabas. Era todo estudio obligado por los curas. Mañana clases y tarde, por lo menos un par de horas todos los días, en silencio y vigilado en grandes salas, a estudiar sin poder conversar con tus compañeros. El comedor que era inmenso, tenía al centro una tarima para que desde ahí un alumno leyera una novela o el Carreño. Además, había un tribunal que presidía la comida y si te veían levantando los brazos aunque los tuvieras doblados por los codos, se hacía sentir el grito “Eh, el avión de allá” y el otro seguía leyendo cómo se usan los tenedores, cómo tomar el cuchillo.

Las otras lecciones las fui aprendiendo en esas reuniones con

la gente voluntaria y a veces con palabras no tan suaves, como cuando recién incorporado a las milicias me hicieron saber que aquello de llamar “individuos” a las personas con quienes compartía era parte de mi formación escolar, porque quienes se organizaban en el Comité revolucionario no eran individuos sino camaradas y que aquella palabra era usada por la burguesía para menospreciar a los trabajadores.

Así me fui distanciando de la casa, porque nada de lo que hablaba en el Comité lo podía replicar con mis hermanos menores ni mucho menos con mi padre, que no hablaba, guardando el silencio que me acompañó desde siempre y con el cual aprendí a convivir, incluso cuando en las vacaciones salía con él a cazar, pues era yo quien lo acompañaba, que mis hermanos no lo hacían ¿Quién iba a querer estar una semana con alguien que no hablaba? Pero a veces, cuando estaba en la casa por vacaciones, sentía mucha alegría que me llamara y me pidiera que le leyera algunas noticias de algún diario que él llevaba, porque yo era el instruido de la familia, que no trabajaba y sólo estudiaba. O cuando me enseñó a cazar, que me sirvió para disparar con puntería en algunos momentos de la guerra. En mi casa, éramos cinco hermanos y cuando yo estaba ahí, nadie metía la cuchara si mi padre no empezaba primero, nadie fumó delante de mi padre, ni delante de mi madre. Cuando se casó uno de mis hermanos, se hace una comida, y al final de ella mi padre, como regalo de bodas, le dio en nuestra pobreza un puro. Fue como decirle “te doy permiso para que fumes adelante mío”, pero no lo hablaba porque así era mi padre. Si yo hablé con él siendo ya grande, fueron muy pocas veces. Distinto era con mi madre.

Pero por qué me enviaron a estudiar con los curas no sé la razón. Quizás porque era el más delgado y en apariencia, el más débil. El colegio en ese tiempo no estaba tan cerca, un poco más de cincuenta kilómetros por un camino rural, y el viaje no era fácil cuando no se tenían los medios para hacerlo. Y si esa fue la verdadera razón, ya de grande pude comprobarlo porque después, cuando ya me inscribo en el Comité y pido incorporarme como voluntario a la guerra, adelantando mi tiempo de conscripción, me

sucede lo que me provoca una enorme amargura, aunque después la superé con la guerra misma.

El Comité Revolucionario del pueblo se fue engrosando con personas que llegaban de pueblos vecinos, en los cuales los sublevados comenzaron una fuerte persecución en contra de los partidarios del gobierno, como aconteció con el mío. Llegó un momento que las milicias, crecidas con la llegada de otros cuerpos de voluntarios, pudo rodear el pueblo que estaba en manos de la Guardia Civil, de los hacendados y de los que eran de la falange, el partido de la iglesia y de la derecha. Esto duró una semana. Unos derechistas habían tomado la torre de la iglesia e instalado tiradores. Así que quienes estábamos con el gobierno nos era difícil entrar al pueblo sin peligro. Pero a pesar de ello, en ese período sólo uno de nosotros murió. Cocinábamos lo que se conseguía, pero necesitábamos pan, que no teníamos ni harina ni hornos para hacerlo para tanta gente. Entonces se decidió que uno de nosotros sería designado diariamente para ir a buscarlo a una de las panaderías del pueblo y fue la primera vez que sentí el temor de caer abatido, porque había que llevar dos burros para cargar los sacos y a los de la torre no les interesaba matarlos, sino que dispararnos a los rojos, que así llamaban a quienes estábamos con el gobierno. Al sonido de los disparos los animales se replegaban y había que hacerlos correr para llegar a la panadería. Los panaderos sabían que se tenían que apurar en la entrega para que uno volviera tan rápido como era posible con los burros cargados, corriendo y esquivando los disparos al amparo de ellos.

El pueblo entero estaba en huelga y por las calles los pocos guardias civiles amenazaban o disparaban contra quienes encontraban o los tomaban presos, acusándolos de rojos. Llegado el momento, la dirección de las milicias, al ver que la gente estaba dispuesta a luchar, decidió avanzar sobre el pueblo y retomarlo; unos con escopetas de caza, otros con pistolas, o simplemente empuñando una pala o un azadón, liberando a los presos y persiguiendo a los guardias civiles, que huyeron hacia otro pueblo. El alcalde, ya recuperado su cargo del que había sido sacado violentamente,

logró que Villanueva se mantuviera leal a la República hasta el triunfo de Franco. Tiempo después parte de nosotros partió a Madrid, pero lo que pasó en el pueblo me lo contó mi hermano menor al cabo de muchos años: la falange y la Guardia Civil persiguieron a quienes habían participado en la defensa de la República, fusilando a más de cien personas. Fue así que mataron a mi tío Juan Demetrio, a quien acusaron de volar un polvorín en el que habían metido a algunos franquistas sublevados. Lo cierto es que no tenían donde encarcelarlos y a alguien se le ocurrió meterlos ahí, y como mi tío estaba a cargo de los depósitos del material que llegó para su defensa, lo acusaron de haberlo explotado. Pero al igual que a él, un juez ordenó el fusilamiento de muchos de los habitantes del pueblo, a tal punto que las denuncias de las matanzas y los reclamos de la gente llevó a ese juez criminal a pegarse un tiro. Lo que pasaba es que mi pueblo era muy chico y todos se conocían.

Por cierto que muchos no sabían quién era yo, porque no estaba en todo el año en él, pero otros me sacaban por el parecido a mi madre y decían “este es el hijo de Catalina”, que así se llamaba. Por eso que participar en las discusiones y conversaciones que teníamos en el Comité o en los grupos de voluntarios que se iban creando era, y no solo para mí, parte de la formación política que nos hacía comprender de mejor manera lo justo que tenía luchar contra la sublevación de la derecha. Incluso, se me hizo más claro el papel de la iglesia en el conflicto, a tal punto que ahí comenzó mi total alejamiento de ella.

Ir a Madrid fue una odisea que muestra cómo eran las cosas en ese tiempo, especialmente con los cuerpos de voluntarios que se crearon para defender la República. Había sólo un tren que pasaba por el pueblo, que estaba fuera de la red central de los ferrocarriles; era un ramal que cruzaba por muchos otros pueblos pequeños, así que para poder trasladarnos a la capital era complicado. Cuando me inscribo como voluntario y me anotan, me dicen “No te podemos mandar ahora porque no tenemos armas, así que tendrás que esperar, con los otros” y tuve que quedarme durante

algún tiempo. Sabíamos que el cuerpo de voluntarios sería incorporado al Quinto Regimiento, que era el que se formó con trabajadores y campesinos por decisión del Partido Comunista, sin que los voluntarios fueran necesariamente militantes, que yo no lo era. En mi pueblo llegaron como seiscientos voluntarios, que en el momento de partir ocupamos todo un tren.

Pero no llegamos a Madrid, como todos ansiaban. Al pasar por Ciudad Real paramos y estuvimos como dos meses esperando, porque ahí las cosas estaban mucho más complejas que en Villanueva, porque había gente de todas partes, algunos que huían del territorio ya tomado por Franco, otros que venían a reforzar la retaguardia de quienes defendían la República; aquellos que, como nosotros, iban a defender Madrid y la zona republicana. Pero estaban los habitantes de la ciudad, que debían sufrir el peso de la sobrepoblación mayoritariamente armada y que generaba muchos problemas, especialmente con el alojamiento y los alimentos. Las autoridades habían distribuido a las fuerzas regulares y a los voluntarios republicanos en distintos lugares, especialmente en edificios escolares, pero también estaban los franquistas que de una u otra manera intentaban ingresar o que estaban en la ciudad y que generaban conflictos. Para qué decir el temor de las familias frente a tanto hombre que circulaba por las calles, cuidando a sus mujeres jóvenes y pidiendo a la autoridad municipal medidas para su protección. Estos conflictos no eran pocos y las riñas con los franquistas no eran escasas.

No hubo, durante el tiempo que estuvimos en Ciudad Real, enfrentamientos militares porque, según lo que se decía, ese no era un frente activo y el ejército franquista avanzaba hacia Madrid y el norte por la parte de Extremadura, dejando Castilla y La Mancha en manos de la República. Después se fue hacia Barcelona, pero ya había cortado el país y no teníamos como volver al sur. Solamente teníamos comunicación por el correo.

En este tiempo, sin ninguna preparación militar, tuvimos que aprender las normas disciplinarias mínimas, que provenían más de una creciente formación política que de un entrenamiento regular. Por una parte, había

algunos veteranos del ejército que servían como instructores, pero estaban también los cuadros políticos, comunistas y socialistas, que entregaban parte del conocimiento que respaldaba la lucha en defensa de la república y de la democracia. Porque muchos tenían que entender que lo que nos pasaba a nosotros estaba ligado con lo que pasaba en otros países, especialmente en Italia y Alemania, que ya estaban generando las condiciones para una nueva guerra y que el único país que se había puesto al lado de España era la Unión Soviética, a diferencia de los gobiernos de Inglaterra y Francia que le habían dado vuelta la espalda. Después comprendimos a cabalidad este hecho, cuando nos bombardeaban aviones italianos o alemanes, o veíamos cómo los aviones rusos volaban sobre Madrid.

La permanencia en Ciudad Real se estaba haciendo rutinaria, lo que hacía cundir el malestar entre la gente, produciéndose hechos extraños como en las ocasiones que íbamos a bañarnos al río y nos encontrábamos con franquistas: los gritos que se escuchaban de un bando a otro eran como “¡eh, facciosos! ¡Vamos a bañarnos!”, “¡sí, pero no disparas!”, “¡no, no disparamos, rojos!”...

Hasta que un día recibimos órdenes y nos subimos de nuevo a un tren y llegamos a Madrid. Atravesamos la ciudad para llegar al Quinto Regimiento. La gente nos gritaba y aplaudía por las calles, y nosotros no habíamos hecho nada. Fue impresionante el recibimiento y nos sentíamos orgullosos caminando entre esa gente de Madrid, que era la que más sufría la guerra. Llegamos a un cuartel que no era un edificio militar sino que un colegio de curas salesianos que había sido tomado. Por eso tenía salas grandes, gimnasio, cocina y todo lo necesario. Pero dormíamos en el suelo, en colchonetas de paja. Durante el tiempo en que estuvimos en el cuartel recibimos preparación militar y por casualidad ahí conocí a La Pasionaria, porque en un ejercicio de tiro ella estaba presente y como yo disparaba muy bien, porque había aprendido cuando salía a cazar con mi padre, me felicitó.

En ese tiempo me pasaron varias cosas, aunque no recuerdo qué fue primero o qué después, porque en Madrid la situación era verdaderamente

sería y se sentía la guerra en todo minuto. En uno de esos días empecé a averiguar acerca de mi hermano, y como ya nos habían dado el uniforme, pude ir a un lugar en el que se tenían informaciones de personas, de acuerdo al lugar en que estaban asignadas. No me fue difícil, porque cuando dije que lo último que había sabido era que estaba sirviendo en el Cuartel de la Montaña, llamaron a un oficial que me hizo preguntas acerca de él. Le dije lo que sabía, que él había contado por carta dónde estaba, pero como yo había salido de Villanueva hacía casi seis meses, las últimas noticias que habíamos recibido en la casa eran de la primavera y ya estábamos empezando el invierno.

Entonces supe lo del Cuartel de la Montaña, de lo que significaba en ese momento: ahí se había iniciado en Madrid la sublevación en contra del gobierno y después de una sangrienta jornada, la Guardia Civil y las milicias populares lo habían tomado, con la consiguiente muerte de cientos de los que estaban en su interior. Pero no estaba en el listado de los muertos, por lo que al seguir indagando me enteré que él, junto a otros del 31 Regimiento “Asturias”, de histórica tradición en el ejército español, desde antes del alzamiento franquista pertenecía a la dotación que hacía guardia en el Ministerio de Guerra y que fue en un bombardeo aéreo sobre Madrid cuando murió.

La cantidad de voluntarios que llegaba a Madrid era grande, incluidos los extranjeros que venían a las Brigadas Internacionales, pero que no estaban acuartelados con nosotros. Como éramos tantos, había médicos que nos iban examinando para destinarnos a las tareas militares, y lo que sucede conmigo me produce una gran desilusión, que me hace pensar en que todo mi esfuerzo, voluntad y sacrificio para llegar a Madrid había sido inútil.

Me examina el doctor y me dice:

-A usted no lo podemos incorporar porque es muy delgado. Su peso no llega a cincuenta kilos. No puedo mandar al frente a alguien que si no se puede su cuerpo menos va a poder manejar un fusil.

Y le digo - ¿Cómo no va a haber algo que yo pueda hacer? Hace

meses que salí de mi pueblo, al norte de Córdoba y hace una semana que recién llegamos a Madrid. En Ciudad Real estuvimos dos meses inactivos, A duras penas nos alimentamos con un rancho que se hacía en el ayuntamiento o en los colegios que eran los cuarteles en que esperábamos las órdenes para venir al frente y usted me dice que estoy flaco y que no puedo combatir. Y yo no veo a otros mucho más gordos que yo.

Sí -me responde. -Es verdad, pero esos tienen musculatura y se ven mejor que tú, que más pareces un señorito de oficina que un trabajador de fábrica o campesino. ¿Qué hacías en tu pueblo?

No sé si me dio vergüenza, pena o rabia, lo cierto es que algo hubo en mi voz que lo hizo reaccionar de otra manera: -Nada. Estudiaba en Hinojosa del Duque y ya había terminado en el colegio, así que quiero adelantar mi quinta aquí, como voluntario en este regimiento, para combatir al fascismo y defender la República.

Poniéndome una mano en el hombro me miró con atención y dijo: -Espera. Creo que hay algo en lo que puedes servir de mejor manera, teniendo en cuenta lo que sí sabes hacer.

Cuando volvió me dice: - Te vamos a mandar a una brigada mixta que tenemos en Huesca, al norte. Allá hay problemas de suministros y estamos formando un batallón logístico. En eso puedes ser útil.

Firmó unos papeles y me mandó a la oficina de registro en que me dieron el alta y luego el uniforme que cambié por el mono azul que tenía desde Villanueva. Después vino el tiempo breve de instrucción militar que rápidamente pasó para partir en una compañía de treinta hombres al norte, destinados al batallón Barbastro, que estaba en un pueblo con ese nombre, en el cual había militares activos y veteranos del ejército de España.

En todo el tiempo que estuve con los paisanos del pueblo y de otros lugares, me fui dando cuenta de la gran cantidad de analfabetos que tenía como camaradas, porque como me veían escribir a mi novia y a mi familia, algunos me pidieron que también les hiciera sus cartas, por lo que me pude enterar de muchas cosas de sus vidas. Eso hizo que me ganara el aprecio y

agradecimientos de los más viejos, así como la amistad de los más jóvenes, a quienes les inventaba cartas amorosas para mandar a sus novias.

-¡Eh, Cantador! Que escribas una carta a mi novia de Portollano. O “escribe a mi mujer, que no se olvide de mí, que ya volveré”, era lo que me pedían, y yo inventando cosas que después les leía y ellos felices. Así pude fumar y comer durante todo el tiempo del racionamiento, que fue casi toda la guerra.

Ya en Huesca comenzamos el trabajo militar de abastecimiento, a cargo de un teniente veterano que mandaba la compañía. En un comienzo recorríamos los campos y los pueblos buscando, más que comida, elementos necesarios para los cuarteles y hospitales de campaña, como catres, colchones, ropa de cama y todo lo que fuera útil para la atención de los heridos. Como ya se había corrido la voz que yo podía escribir cartas, lo seguí haciendo pero ahora, además, el comandante de la brigada me asignó la tarea de hacer los reportes de las requisiciones, señalando cuándo y dónde se había obtenido, con el valor aproximado para ser pagado algún día. Además, también hacía los partes que se enviaban a la comandancia del regimiento, como ayudante del jefe de la brigada.

Hasta ese momento yo nunca había entrado en combate porque no estábamos en la línea del frente, pero fue justamente en Huesca donde tuvimos que apoyar a las fuerzas de la República en sus intentos por liberar a la ciudad del poder sublevado. Durante meses se combatió para tomarla, pero el poder de fuego era superior al nuestro, que no recibía mayor apoyo de armamento en cantidad ni calidad, a diferencia de las fuerzas fascistas que además de los militares sublevados de Aragón, de los falangistas y gente de derecha, contaban con el apoyo de las fuerzas que avanzaban desde Bilbao, que se componían tanto por el propio ejército peninsular como por tropas provenientes de África, así como aviones italianos y alemanes.

En cambio, el Ejército Popular de la República no solo tenía que luchar con el escaso material, al punto que muchos tuvimos que esperar que cayera uno nuestro para tomar su fusil y así entrar al combate, cuando se

precisaba hacer una ofensiva, sino que la falta de un mando único conspiró para que al final se impusieran las fuerzas franquistas. Las tropas anarquistas de oponían a organizar una estrategia común, así como su constante ataque a los comunistas hizo imposible derrotar a las tropas nacionalistas en Aragón, lo que posibilitó más tarde su avance hacia Cataluña tomando Valencia y la costa.

En el cerco a Huesca quienes estábamos en Barbastro tuvimos un papel importante en todas las acciones que se desarrollaron y fue, quizás, el último de los pueblos que tomó Franco en Aragón. Ahí me tocó ver cosas que más que miedo me produjeron una profunda impresión por lo aparentemente inusual de ellas. Un acto heroico sin que lo pensara como tal, fue el de un paisano que quedó solo en una pequeña loma y se hizo cargo de una ametralladora, disparándola hasta agotar la carga. A los gritos de que se retirara como el resto de la compañía porque vendría otro avance enemigo, el tomó la ametralladora, se la echó al hombro y corrió hacia nuestras líneas, sin percatarse que en la hondonada hacia donde había disparado no quedó ningún enemigo de pie y que su espalda estaba totalmente quemada con el calor del cañón de la ametralladora.

Y otros dos casos de heridos por balas enemigas: uno, que fue herido en el vientre, pero que el proyectil no le penetró sino que pasó por delante de un lado al otro, cortándole la piel y el músculo abdominal por debajo del ombligo, como un cuchillo, haciendo que todos sus intestinos se le salieran. Pero él, en la desesperación y el dolor, se los sujeta con ambas manos para que no se le cayeran, hasta que los enfermeros lo tomaron a su cargo.

El otro fue el soldado a quien una bala le cercenó la entrepierna, llevándole su miembro y los testículos, situación que por cierto vimos como desgraciada, pero a los días se transformó en un chiste un tanto macabro, pero que permitía pasar el tiempo, especialmente cuando nos tocó comenzar la retirada, después del fracaso de recuperar Huesca y cuando estábamos listos para atacar.

Recuerdo que nosotros entraríamos por el cementerio, pero se

desmorona la línea tres y tuvimos que retroceder. Cuando comienza el avance de las tropas franquistas una vez ganadas Asturias, Santander y Bilbao, nosotros quedamos detrás, porque Barbasco está un poco más al sur de Huesca, pero en nuestra retirada nos apartamos de camino principal, así que no nos topamos con ellas. Al mando del batallón iba un oficial que era un veterano del ejército, un buen hombre y duro. Con él hubo un problema serio, pero salimos bien porque en ese tiempo yo ya tenía cierto ascendiente entre mis compañeros, por eso de escribirles las cartas que me pedían y porque era una especie de ayudante por mi formación escolar.

Salimos de Barbastro y tomamos rumbo a Cataluña, éramos los últimos y quedamos detrás de las tropas enemigas. Se nos había informado que debíamos cruzar un puente antes de las tres de la madrugada, porque los zapadores lo volarían para retrasar el avance enemigo. Eso significaba que tendríamos que rodear un flanco para llegar al punto antes de esa hora, así que salimos de la carretera y encontramos un montículo, algo como una pequeña loma; de ahí sólo veíamos el río, pero cómo continuaba la carretera, no sabíamos. Paramos sin mapa ni planos del frente aragonés, pues no llevábamos nada, que todo se había quemado en la retirada. Y nosotros teníamos que pasar antes de las tres. Decidimos avanzar contrarios a la puesta del sol, que nos indicaba la dirección del Mediterráneo y nos encontramos con un caserío. Entramos a una casa buscando algo para comer, pero dimos con un bodegón de vino que, por cierto, nos vino a mitigar el cansancio y la sed. Pero no había nada más, salvo una lata de sardinas, que después de armar la carpa que llevábamos, rápidamente desocupamos y comenzamos a hacerla pasar por cada uno, con reclamos contra quien se demoraba pero con un dejo de alegría que se iba haciendo mayor a medida que la lata llena pasaba de mano en mano. Lo cierto es que sin comer durante todo el día y la noche, las tripas recibieron el vino como si hubiera sido un manjar y fuimos cediendo al cansancio, algunos más que otros, que en un momento intentaron avanzar en cantos de los pueblos, pero igual terminamos todos sucumbiendo al sueño, los treinta que formábamos el batallón, todos mareados. Y ahí nos

quedamos. Recuerdo que botado en el suelo, al lado de los otros, sentí el estruendo de cuando volaron el puente, pero no fui capaz, como ninguno, de reaccionar. Entre ocho y nueve comenzamos a despertar y el teniente comenzó a despertarnos: “ya muchachos, vamos, que hay que avanzar...” Desarmamos la carpa y a poco andar, me separé del grupo para adentrarme en una arboleda y en el silencio de mis preocupaciones naturales, escuché ruidos, así que aceleré mis urgencias para alcanzarlos. Llegamos a donde estaba el puente, que por cierto estaba volado y que todos sabíamos que lo estaba y ahí comenzaron las recriminaciones contra el teniente, pues a la gente le dio rabia lo que había pasado, culpándolo de la demora, del vino y de no haber pasado el puente a tiempo. Incluso, algunos, presos de la resaca, querían matarlo. Pero el peligro no era cruzar el río sin puente, sino que las tropas de Franco que estaban ahí, lavándose empelotados, sin guardias porque estaban seguros de haber desalojado a todos los rojos de esa parte de Aragón. Yo me asomé y vi toda la maquinaria franquista, camiones y cañones, todo metido en una hondonada que había allí. Entonces me metí en la discusión y les hice ver que el problema no era el teniente, sino que cómo salíamos de ahí, que si nos veían tendríamos que enfrentarnos con las pocas armas que teníamos y con escasa munición. Que la cuestión era que nos morimos todos o nos salvamos todos. Tuve que argumentar, como se hacía en las reuniones, porque eso era lo que caracterizaba a las que habían sido las milicias del Quinto Regimiento, haciendo uso de mi derecho. Eso me lo agradeció después el teniente.

Llegamos al acuerdo que saldríamos un poco más abajo del puente, pero el teniente adelante, para que lo mataran primero si nos disparaban los franquistas. Era como un castigo. Salimos en fila india y tratando de hacerle el quite a todas las piedras y a los escombros del puente, aunque no era muy grande el río. Todos lavándose y nosotros callados. Empezamos a subir por la ladera y nadie nos decía nada, todos preocupados de su baño y como nosotros no hablábamos, pensaron que éramos tropas de ellos pues la vestimenta era más o menos igual. Lo que más cambiaba eran los gorros

que llevaban unas insignias y que el teniente se lo tuvo que sacar. Los carnés que llevábamos tuvimos que tirarlos. Ahí perdí yo mi carné del batallón.

Como no dimos ningún indicio de andar temerosos, logramos llegar a lo alto del cajón del río y continuamos caminando por un campo que era una viña seca, que parecía no haber sido regada durante mucho tiempo. A poco andar aparecen en el cielo unos aviones que comienzan a lanzar bombas y nos lanzamos a tierra, sintiendo como pasaban por sobre nosotros y dejaban caer los proyectiles. No había ningún árbol que protegiera o escondiera y sintiendo las explosiones que sabías podían caer a tu lado. Cuando creímos que se habían ido, la gente empezó a gritar para saber cómo estábamos y yo oía “¡Cantador, Cantador!”, que me llamaban a mí y no al teniente. Yo callado, porque aún pesaba la tensión y es mejor quedar en tierra que levantarse si no se sabe bien si el peligro ha pasado. Pero de pronto empezaron las ametralladoras a dispararnos, aunque no nos daban porque en algo nos ocultaban los surcos secos del regadío. Así que en un silencio grité “¡Ya, vamos, vamos”! y salí de corriendo. Ahí veo al teniente que está en un hoyo y me tiro al suelo ayudándolo a salir: “Ya, mi teniente, vamos, vamos”! Y salimos corriendo y disparando hasta alcanzar una arboleda grande que nos sirvió para seguir huyendo hasta no sentir más disparos. Ninguno de nosotros salió herido, pero el susto nos hizo más cautos pero también nos esforzamos por avanzar lo más posible, para ver si podíamos encontrarnos con los nuestros que nos llevaban una gran distancia.

Después de todo eso, el teniente me tomó aprecio y me hizo su ayudante, lo que me serviría mucho después. Caminamos tres días sin comer nada, porque no encontramos ni siquiera conejos por los campos que atravesábamos. Agua y caminar, agua y caminar, hasta que divisamos una brigada y después de comprobar que era de los nuestros, salimos a su encuentro. El teniente avanzó en medio de la desconfianza de los soldados y llegó al comando. Se identificó e informó de lo que había pasado desde la salida de Barbastro, callando lo de la bodega de vino pero diciendo que por ser los últimos habíamos perdido contacto con nuestra unidad. Por fortuna

ellos también eran del Quinto Regimiento, así que el comando nos dio un pase y nos informó que debíamos ir a Barcelona porque allá estaba ahora el Ministerio de Guerra, pero que debíamos avanzar hacia Tarragona, que estaba más cerca y de ahí seguir para llegar al Ministerio. Por fin pudimos comer y continuar la marcha. Tres provincias en tres días fue un sacrificio enorme, pero que valió la pena, porque al llegar a Tarragona pudimos embarcarnos en el tren y partir a Barcelona.

Era un tren militar de cuatro vagones, lleno de soldados que va por toda la costa y como a las seis de la tarde alguien dijo “siento ruido de avión”. En realidad, quienes estábamos en el frente sabíamos distinguir los aviones y acostumbrados a reconocerlos por el sonido de los motores, diferenciando los nuestros de los de Franco. Por eso que al aparecer el aparato desde el mar, supimos que seríamos bombardeados. El tren aceleró la marcha lo que permitió que ninguna de las cuatro bombas lanzadas cayera sobre él, pero una cayó en la línea, levantando los rieles por sobre la altura de la locomotora. Tuvimos que saltar por las puertas y ventanas de los carros, pero el avión no volvió y tuvimos que esperar hasta que los ferroviarios arreglaran la vía.

Llegamos a Barcelona cuando la presión franquista era mayor y la estaban bombardeando. Fuimos enviados al cuartel Carlos Marx, en el cual nos dieron ropa y zapatos; pudimos bañarnos y comimos, esperando las órdenes para reunirnos con nuestro batallón. Se nos permitía salir del cuartel, porque todavía no se producían los ataques de la infantería, pero las cosas eran muy serias con los catalanes. Uno les hablaba en español y ellos respondían en catalán, como si no supieran el idioma; varias veces hubo conatos de peleas en las calles por donde andábamos en grupo o en parejas, porque no se podía andar de a uno. Las tropas anarquistas se creían superiores y era claro que no les interesaba la guerra por la República, porque la de ellos era contra España, por su independencia. Ahí entendimos por qué no llegaron a la defensa de Huesca y nos dejaron combatir solos contra todas las fuerzas del norte de Franco; pero al final las tropas leales

a la República tuvieron que combatir contra ellos y contra la subversión fascista, que por cierto era más fuerte.

Estaban bien armados y alimentados, en cambio a nosotros a duras penas se nos daba el rancho del Ejército. Nosotros no manejábamos dinero porque no lo necesitábamos en el campo, ya que no había nada para comprar y los alimentos los recibíamos o los buscábamos en los pueblos, pero en la ciudad la cosa era diferente. En Barcelona había comercio y bares, a los cuales no podíamos acceder por carecer de plata. Por eso cuando en una de las mañanas vi salir del cuartel al teniente, le dije:

-Teniente, consíganos cigarrillos.

-Acompáñame –y me hizo un gesto con el brazo.

Caminamos unas cuadras buscando un lugar donde pudieran tener, hasta que encontramos una especie de almacén y bar. El teniente se acercó al hombre del mesón y le preguntó por cigarrillos:

-No hay –dijo el hombre. –Que no me quedan.

-¿Sí? –Habló el teniente. -¿Y esos que veo allá? –le hizo una seña con el brazo izquierdo apuntando al fondo de la pieza que estaba a espaldas del hombre.

-Son para los nuestros –le respondió.

El teniente sacó su pistola automática y apuntó al almacenero:

-O me das cigarrillos o te mato –le dijo sin alzar la voz.

El hombre corrió y tomó una bolsa mediana que rápidamente llenó, entregándomela.

Al salir, el teniente riéndose me dijo:

-Ya nadie quiere morir defendiendo nada, mucho menos cigarrillos.

-¿Le habría disparado, teniente?

-Por cierto que no. A lo más le habría dado con la pistola en la cabeza, pero no habría gastado una bala, con todo lo que se necesitan. Además, el tío no es un enemigo.

Cuando llegamos al batallón con los cigarrillos y conté lo sucedido, el teniente recuperó su lugar entre la gente que no había quedado muy

convencida con su mando después de lo del puente.

A los días nos dieron las órdenes y partimos a Berga, un pueblo al norte de Barcelona, cercano a los Pirineos, famoso por sus tejidos. Pero el sector más duro era el minero, controlado por los anarquistas. Las cosas que pasaron en la guerra civil por cierto que no eran normales, pero la gente trataba de vivir superando la situación, y en todas partes me tocó ver muchas personas que pedían que se terminara, sin tomar partido por uno u otro bando. Solo querían la paz, vivir tranquilos y volver a lo que antes eran sus vidas, lo que no fue nunca más posible, porque después de la llegada de las tropas franquistas las ejecuciones sumarias y las venganzas contra quienes defendían la República duraron hasta la muerte de Franco.

Nosotros recibíamos una paga como soldados, pero los billetes ni las monedas servían, porque en los pueblos no había comercio y porque, además, ese dinero carecía de valor. Era extraño porque Berga tenía moneda propia, como otros pueblos en que el Ayuntamiento la había emitido, porque la peseta de Madrid era una y Franco había creado otra moneda en los territorios que había ganado, así que nadie sabía los valores, salvo el de aquellas cosas cuyos precios estaban fijados, como los cigarrillos.

Fueron las cosas extrañas de la guerra, como cuando en el campo, que no siempre era un frente activo, se podían encontrar, a orillas de un río, tropas enemigas que haciendo un alto acordaban una especie de tregua para no dispararse y así poder bañarse y lavar sus ropas. Y eso sucedía cuando no había oficiales presentes, porque llegando uno, todos los sublevados corrían a vestirse y a tomar sus armas. Y ahí nosotros arrancábamos, que no todos teníamos fusiles o carabinas.

En Berga nos dieron como cuartel una vieja fábrica de tejidos y desde ese lugar comenzamos el trabajo de recorrer los pueblos buscando todo lo que fuera de utilidad para nuestros heridos, que era la principal necesidad de los hospitales y lugares de emergencia en Barcelona. Principalmente eran catres y colchones, así como ropa de cama, sábanas, que se requerían en mayor cantidad. Entonces supimos del cansancio de la gente, del miedo a los

disparos, a las bombas que dejaban caer los aviones, de lo que podía pasarle a niños y niñas que iban a las escuelas, porque las bombas no distinguían los objetivos y caían en cualquier lugar. Se trataba de amedrentar a toda la población.

Y muchas veces nos fue difícil obtener lo que se requería y había que pasar de la persuasión a la requisita, mostrando la orden que llevábamos impresa con timbres del gobierno y del ejército. Y si eso no bastaba, la amenaza de usar la fuerza y las armas, que por cierto no se hacía, pero servían para amedrentar a los reacios. Pero algunas veces recurriamos a la promesa de pago y si se hacía, la moneda de poco servía, aunque estaba la posibilidad de que al término de la guerra ella cobrara valor, argumento que a medida que pasaba el tiempo ni nosotros creíamos.

Y en el frío pirenaico íbamos a buscar leña a los cerros, a cazar algo para la comida o a pedir a los campesinos: “Hola, paisa, tens conill”, que aprendimos a gritar para hacer que confiaran en nosotros. Pero la respuesta era una: “No, no hi ha conill”. Después sólo gritábamos “Eh, conill”, y así les fuimos diciendo a los catalanes como sobrenombre. Por cierto que muchos se molestaban porque les dijéramos “conejo”, pero a decir verdad, a nosotros no nos eran muy simpáticos. Era la guerra.

Porque las cosas se iban poniendo muy difíciles, tanto por lo que pasaba en los frentes, que igual nos llegaban noticias en los periódicos atrasados, lo que se escuchaba en las radios o por los informes que nos entregaban los delegados políticos de los sindicatos. A tal punto que hubo un momento en que en el avance franquista por el norte, un contingente numeroso de guardias de asalto, que eran parte de la policía creada por la República fusionada con la Guardia Civil, pero mejor pertrechada que esta y con gente fiel a la República, es decir, probadamente leal en combate, quedó cercada por las tropas enemigas. A su rescate debían concurrir batallones anarquistas, pero no lo hicieron como forma de vengar la participación del Cuerpo de Asalto en los sucesos de Barcelona, cuando las fuerzas del gobierno republicano tuvieron que intervenir para sofocar el alzamiento

catalán, toda vez que parte de esas tropas peleaban por la revolución proletaria más que por la República, abriendo un frente interno en la lucha contra el fascismo franquista.

Me tocó de cerca parte del problema, porque cuando tuvimos que recorrer la zona norte, en Puigcerdà, que correspondía a Cerdeña y no a Cataluña, nos encontramos con situaciones muy extrañas, producto de lo que se había vivido en ese pueblo fronterizo con Francia. El contrabando de carne, alimentos, armas, controlado por grupos anarquistas era escandaloso, pues se habían juntado en el pueblo agentes de la quinta columna, falsificadores de pasaportes para poder entrar y salir de Francia, así para quienes pudieran respaldar financieramente un documento para salir de España hacia otros países, huyendo de la guerra. El dolo y enriquecimiento era tan grande, que el propio alcalde se había hecho de tierras y ganado como parte de una expropiación realizada bajo los términos políticos de la “colectivización” de los medios de producción. Esta situación llevó a la intervención de las tropas de la República, ordenada desde Madrid, a tal punto que en un enfrentamiento con el alcalde y sus compinches, fueron abatidos.

Estábamos en este pueblo cuando comienza el fin de todo.

El comandante me pidió que citara a una reunión, para lo cual eligió una casa grande en el campo. Llegaron los oficiales y presentó a un delegado del gobierno, quien después de un largo análisis de la situación nacional y mundial, en la cual desarrolla todo lo que estaba pasando con Alemania e Italia, así como con Inglaterra y Francia, termina con un resumen que ya nosotros teníamos más o menos claro:

-Señores, a pesar del apoyo de la Unión Soviética no podemos continuar oponiéndonos al avance militar fascista. La guerra está perdida. Tenemos que actuar con mucha disciplina y no generar pánico en la gente. Estamos tratando que Francia nos deje entrar.

Las intervenciones que siguieron, más allá de los discursos políticos, fueron opiniones acerca de cómo organizar la salida hacia Francia, sin que

se hicieran públicas para evitar que llegaran al enemigo. Se fijaron las rutas y los tiempos, distribuyéndose las tropas para que no salieran todas al mismo tiempo y por el mismo paso, dejando el apoyo necesario en la retaguardia.

Con mi batallón teníamos no más de tres días para pasar a Francia, porque fuimos de los últimos en salir. A la distancia ya veíamos que los soldados franquistas estaban llegando, pero igual decidimos quedarnos un poco más y en vez de irnos hacia Francia, tomamos el edificio del Ayuntamiento, que era de cuatro pisos y estaba desocupado, al igual que muchas de las casas por el temor que se tenía a los franquistas. Nos metimos a ese edificio con cierto orden: primera compañía abajo, segunda compañía arriba, yo era de la cuarta compañía, me tocó el cuarto piso y a la quinta la metieron en un entretecho en el que había que andar agachado. Como me quedaba algo de comer y tenía un amigo en la quinta, en vez de comérmelo abajo, en el cuarto piso, se me ocurrió subir; estábamos comiendo y conversando, cuando de pronto hubo una explosión enorme, que voló el techo y nos quedamos mirando el cielo. No quedó nada y quizás por qué razón no volamos nosotros. No sabíamos qué era, así que pensábamos que era Franco que estaba volando y decidimos salir, por si nos caía una bomba en el edificio. Era una escalera como de caracol que se había llenado de gente, pero no pudimos llegar abajo porque una parte de ellas había caído, dejando una especie de túnel entre los escombros. Logramos salir y al llegar afuera, nos encontramos con un tanque que iba pasando.

-“Llegaron los tanques franquistas antes que nosotros saliéramos”, -dijo uno de nosotros, y nos agazapamos esperando que se fuera. Quedamos por un rato sin atrevernos a aparecer, porque el aparato no se movía y el sonido del motor nos estaba aterrando, hasta que me arrastré hacia una pared caída y me di cuenta que no era un tanque franquista, sino que era uno nuestro, que había quedado rezagado y estaba pasando la frontera. Ahí nos tranquilizamos y ayudamos a salir al resto de las ruinas. Detrás del tanque se fueron tres compañías y según nos contaron después, al día siguiente, en los diarios franceses dicen que cerca de ese pueblo había un polvorín

republicano que había sido volado para que no cayera en manos de Franco. Fue una explosión tan grande, que el polvorín no solo voló el techo del Ayuntamiento, sino que la mitad de los del pueblo francés.

Pero llegó el momento en que tuvimos que salir. Una patrulla franquista avanzó y bajó la bandera nuestra que estaba en el puente que daba acceso al pueblo y nosotros, al otro lado, gritándoles “¡cabrones fascistas, imbéciles!” y otros insultos, pero no nos hicieron caso. Bajaron la bandera nuestra y subieron la de la monarquía.

EL OTRO FRENTE: LUCHA CONTRA LA DESESPERANZA

*Ciudad de luto, socavada, herida,
rota, golpeada, agujereada, llena
de sangre y vidrios rotos, ciudad sin noche, toda
noche y silencio y estampido y héroes,
ahora un nuevo invierno más desnudo y más solo,
ahora sin harina, sin pasos, con tu luna
de soldados.*

(Neruda: Madrid 1937)

Se había consumado la derrota y la huida se hacía en desorden, algunos abordando lanchas y pequeñas embarcaciones, otros yéndose a los cerros para encontrar rutas que no estuvieran copadas por los enemigos, pero cada cual intentando escapar de ellos porque la captura significaba la muerte, como lo acontecido con uno de sus hijos, hecho prisionero y en un juicio sumario condenado a muerte. El otro seguía en combate pero ya no sabía de él y quedaba ella sola, sin marido desde hacía muchos años, arrancado de su lado por una muerte prematura, con una hija adolescente y una nuera viuda con dos niñas y un niño pequeño, buscando salir de la ciudad que no les daba seguridad alguna, mucho menos si los rebeldes se enteraban que pertenecían a una familia de conocidos socialistas.

Asturias había caído en manos del ejército franquista y la resistencia en Oviedo y Gijón ya no podía hacer nada, como tampoco las acciones de quienes habían partido a luchar a las montañas. En medio del caos que significó la salida de los combatientes y de sus familias, la ayuda había llegado de manera extraña, porque fueron unos extranjeros que las recogieron en un albergue y desde ahí, con muchas otras mujeres, niñas y niños, fueron llevadas primero en camiones y luego en tren hacia Cataluña. Las acomodaron en refugios colectivos y luego, con el correr de los días,

encontraron una casa abandonada en la que junto a otra familia pudieron quedar a salvo. Pero si habían huido del ejército enemigo, no habían escapado de la guerra, y aunque estaban alejadas de la zona de combate debían continuar con el aporte a la lucha que hacían en el frente asturiano. Así fue como Pilar, la hija que le quedaba, se integró a la labor en una brigada sanitaria que atendía uno de los centros para heridos que había en el pueblo al que fueron llevadas. Ello les permitió tener alimentación que, aunque precaria, les permitía subsistir, especialmente a las pequeñas y al niño.

Y esa tarde de verano, en el paseo que era su única recreación, conoció al joven que la llamó al amor por vez primera y le abriría una ilusión en medio del dolor que le significaba la guerra y la muerte de sus hermanos. Lo habían perdido todo y este muchacho andaluz llegaba con su acento y alegría que, a pesar de todo, les servía para pasar los días que se iban acumulando con el peso de no conocer cómo sería el siguiente. Además, su esfuerzo por protegerlas y llegar cada vez que podía con algo de comida y leche para el niño, había calado profundo en la madre y su nuera, que a pesar de su juventud lo miraban como a un protector.

Ello era posible porque Cantador salía con un oficial y otros soldados recogiendo lo que se podía para habilitar albergues, algunas veces pagando con moneda de la República que se recibía con reticencia, porque los comerciantes no sabían bien si más adelante les serviría, y cuando les era posible, ayudaban en lo que podían, entregando colchones y repartiendo algo para comida, especialmente vegetales, pero siempre era muy poco. En uno de los recorridos que hizo por los pueblos cercanos con el comandante del batallón, tuvieron que hacerse cargo de un desertor que fue sorprendido en el intento de tomar el camino que iba hacia las tropas del enemigo que estaban estacionadas cercanas a los límites entre Cataluña y Aragón. Llevado a un comando superior fue derivado al batallón en que estaba Cantador con la responsabilidad de entregarlo en un pueblo donde estaba acantonado uno de los cuerpos de las Brigadas Internacionales. El joven vio

la oportunidad de pasar a Berga, y amparándose en lo que había logrado con su labor como escribano de cartas a sus compañeros y de los partes de la brigada al ministerio, con firmeza le dijo al comandante:

-Me gustaría llevar a este prisionero para entregarlo a la brigada, comandante.

Al preguntarle el superior la razón de su ofrecimiento, intentó hablarle en contra de aquellos que traicionaban la República y a sus compañeros que luchaban por la libertad, pero con un movimiento de la mano le dijo que no continuara con la perorata y le autorizó la partida, haciéndole ver que confiaba en él, pero que tenía que saber que si no llegaba con el prisionero a destino él también sería enjuiciado.

Se lo entregaron atado de tal manera que hubo de pedir ayuda para subirlo al tren y sentado frente a él, viajaron por algo más de una hora sin intercambiar palabra, y sin responder las miradas que parecían preguntarle por qué llevaba un prisionero. Ambos sabían cómo se castigaba la deserción en el frente, pero Cantador intuía que como estaban las cosas, lo mandaban al cuartel ocupado por los brigadistas que ya estaban en proceso de disolución, y que seguramente no lo fusilarían y sólo lo encarcelarían, porque no era necesario fusilar a nadie. Simplemente lo entregó con el parte de guerra correspondiente para su juicio y partió de inmediato, para ganar tiempo y poder pasar al pueblo de Pilar.

Les contó lo que había hecho para verlas y comentó lo que sabía de la situación, alertándolas respecto a la salida de muchos combatientes y civiles especialmente hacia Francia, que era lo más cercano. Ellas veían en Berga lo que él relataba y les dijo que trataría de encontrar una solución, pero que era muy difícil porque en el pueblo donde él vivía no podían entrar civiles, que sólo permitían los que ya estaban y que eran residentes en él. A pesar de ello se comprometió a buscar una salida y esperó que sucedieran los acontecimientos para tomar una decisión.

Cuando el comandante cita a reunión para informar la cercanía del término de la guerra, Cantador habla con unas personas que tenían una casa

con muchas piezas y les pide que reciban a su novia que llegaría al pueblo.

-Tengo un problema que me pueden ayudar a solucionar. Quiero traer a mi novia y que me la tengan aquí. Si lo hacen, yo les consigo alimentos para todos –fue su propuesta.

Sabía que su oferta no sería desechada porque la subsistencia era cada vez más precaria y no creían que hacerlo pudiera generarles problemas con la administración militar, por lo que no fue difícil lograr el acuerdo. Lo difícil era llegar con ella al pueblo y que la dejaran entrar. Cuando pudo volver a Berga, habló primero con Pilar y le contó de su plan:

-Mira, yo tengo esto previsto, si tú te quieres venir conmigo. Ya sabes que es un pueblo militar y que no dejan entrar civiles, por lo que debemos buscar la manera de hacerlo sin que te detengan”.

-No me importa lo que tengamos que hacer, pero haría cualquier cosa con tal de salir de aquí y estar contigo. Ya se está haciendo insoportable la situación. Pero debemos hablar con mi madre para que esté al tanto –fue su rápida respuesta.

El tiempo entre la salida del colegio de la congregación y el momento en que vivía había hecho de Cantador un muchacho maduro y de carácter fuerte, que en nada se parecía al segundo hijo de Miguel y Catalina, al que ella había logrado enviar a Hinojosa del Duque. El adolescente del seminario menor estaba en una guerra y cumplía una labor con la cual se había ganado el respeto y aprecio de sus compañeros de batallón, además de cierta relación afectuosa con su teniente y el comandante, por lo que no dudó en hablar con la familia de Pilar.

-Señora...Pilar ya tiene que haberle hablado de lo que le he propuesto. La quiero llevar a mi pueblo y después ver de qué manera ustedes pueden también llegar. Pero lo importante es que ella salga porque es más fácil intentarlo con una persona que con varias y con niños. Tengo todo preparado para que ella llegue a una casa de familia que tiene espacio, porque yo tengo que estar en el cuartel. Una vez allá vemos como llegan ustedes.

La madre escuchó con atención y no dijo palabra. Fue Isabel quien

le preguntó:

-¿Y esperas que ella viva así no más, sin casarse?

-No hemos hablado de eso –respondió Cantador. –Pero si es necesario, lo haremos. Lo que ahora importa es llegar al pueblo y esperar qué sucede, porque lo único que queda es eso: ver cómo termina la guerra porque nosotros no vamos a ser prisioneros de los fascistas. O caemos peleando o buscamos una salida, pero no está en la mente de nadie entregarse a los franquistas.

Después de un pesado silencio habló la madre:

-Hija, prefiero que te vayas a que estés aquí cuando esto termine. Con Isabel y las niñas y el niño podemos esperar ayuda, por ellos más que por nosotras. Tú eres muy joven y tienes toda una vida para hacerla, con él o con quien te depare el futuro. Y tú –le habló a Cantador tomándolo de las manos –te llevas a la única que me queda. Estas niñas y este niño tienen su madre y claro, a su abuela. Ella estará sola y seguirá siendo la luz de mis ojos aunque con su partida es como si quedara ciega. Cuídala que de ahora en adelante será tuya y tendrás que protegerla. Júrame que no la abandonarás a su suerte.

Lo abrazó y le besó ambas mejillas, dejando en ellas las lágrimas que brotaban entre sollozos. Cantador le pasó los brazos por la espalda y le musitó:

-Jamás la abandonaré y le juro que haré todo por ella, pero también le digo que nos volveremos a encontrar. No sé cuándo, pero sí sé que se volverán a ver.

Tomó a Pilar de la mano y salieron a la calle. Estaba terminando el otoño y ya se sentían las brisas frías que bajaban de los Pirineos, anunciando el invierno que rápidamente cubriría de nieves los cercanos montes dándole mayor rigor a la permanencia en esas condiciones. Y le explicó su plan:

- Mira, vamos a usar aquí una cosa de película... Vamos a tomar un tren y todo va a ir muy bien hasta que bajemos. Ya en el andén tú te irás a aquella punta y yo a esa otra, en el otro vagón. Al bajarnos vamos a simular

que tú estabas ahí ya, que habías ido a recibirme y nos vamos a abrazar y a besarnos.

-Me parece divertido, pero no creo que podamos engañar a los guardias, más aún si en el tren controlan los pasajes y a mí no me venden y tú no los necesitas. Si me sorprenden viajando así, no sólo me van a multar sino que al no poder pagar pueden entregarme a la policía militar.

-No te preocupes –le insistió su novio. -Todo va a salir bien.

Pero el viaje planeado no resultó tan simple como creía Cantador, porque si bien pudieron subir al tren sin problemas en la estación, durante el viaje tuvieron que sortear la revisión de los pasajes, para lo cual ella hubo de encerrarse en uno de los desagradables baños del vagón, comúnmente usado por los soldados, durante un buen tiempo para evitar que la bajaran en la estación próxima. El inspector se cansó de golpear la puerta y asumiendo que estaba con llave por alguna razón, dejó de hacerlo. Pronto llegaron al pueblo de destino y allí tuvieron que sortear la desconfianza de los guardias de la estación, porque al descender cada uno en el extremo de la estación, corrieron y se abrazaron en el medio del andén, entre los civiles y uniformados que se encontraban en el lugar, pero un policía se acercó y le dijo:

-Señora, no puede quedarse aquí...

-¿Y por qué no, si ella es de aquí? –los enfrentó Cantador. De inmediato se acercaron otros dos policías civiles al darse cuenta de la discusión que se iniciaba.

-¿Y dónde vive? -.preguntó uno

Cantador les dijo la dirección y les reafirmó:

-Si no cree, vaya y pregunte. Nosotros lo esperamos y si es necesario, lo acompañamos. Pero no nos haga perder el tiempo que debo presentarme al cuartel.

Fue lo que permitió terminar la discusión y salir de la estación, luego que la policía anotara la dirección y el nombre de ambos, lo que no preocupó al joven, que había acordado con la dueña de la casa el apoyo a la

invención del enamorado.

Durante un corto tiempo mantuvieron la situación, que no les permitía estar juntos ni hacer una vida común, mucho menos subsistir por cuanto él debía disponer para ella parte de sus raciones envasadas que le correspondían como rancho. No existía ninguna rutina y Pilar debía permanecer en la casa porque junto con no tener nada que hacer, ya estaba llegando el invierno y no podía salir a caminar por las calles, pues el viento y el frío que llegaba de la montaña lo hacían casi imposible, máxime si no se contaba con la ropa necesaria.

Cantador pasaba cada vez que iba con una patrulla a recoger leña a los bosques, dejando algo para la casa, soportando las bromas de sus compañeros, que no sabían de su relación y veían el hecho como una forma de conquistarla. Y fue así que un domingo a mediados de diciembre tomó la decisión de zanjar definitivamente la situación:

-No podemos seguir así, tú en una casa y yo en el cuartel. Voy a pedir permiso para que nos casemos y podamos vivir juntos. Es lo mejor. No sé si viviremos aquí mismo, pero no puedo seguir siendo una visita que tiene que partir cada vez que vengo.

Pilar lo besó y le dijo:

-Estoy dispuesta a lo que tú digas, pero quisiera que mi madre lo supiera.

-No sé si tendremos tiempo para hacerlo, porque mientras más lo demoremos más dificultades se pueden presentar. No sabemos hasta cuándo estaremos aquí y cómo va a terminar la guerra para nosotros, que estamos en el ejército popular y no somos militares de carrera. Los que somos voluntarios y comenzamos como milicianos parece que los fascistas nos ven como sus peores enemigos. Es lo que sabemos por lo que ha pasado en los frentes cuando caen prisioneros nuestros compañeros. Pero buscaré la manera de hacer lo que quieres.

Sabía que no sería posible contar con la familia, pero no quiso hacerle más amarga la decisión. Al regresar, le pidió hablar en privado al

teniente y le contó acerca de su propósito.

-Está bien, Cantador. Pero esto quedará entre los dos, porque el permiso hay que pedirlo a la comandancia, por aquello del reglamento militar, pero como estamos no es hora de respetar la burocracia, así que cuando sea posible nos ponemos de acuerdo y vamos a lo del juez.

Una mañana de diciembre salieron del cuartel y fueron en busca de Pilar, sin haberle anunciado nada. Y explicándole la razón de la urgencia partieron hacia el juzgado de Puigcerdà.

El pueblo era pequeño y muchos de quienes vivían en él habían partido, dejando sus casas cerradas, algunas de las cuales fueron ocupadas por el ejército popular. Pero en los campos cercanos se veía alguna actividad de quienes aún cultivaban y criaban animales para su propio consumo, producción menor que paulatinamente fue comprada o requisada tanto para el consumo de las milicias como para su reparto entre la población civil. Y algo de ello obtenía Cantador para llevar a Berga y después dejarle a Pilar en la casa que la cobijó cuando la llevó a vivir al pueblo. Pero también de esas casas y de otros lugares él hubo de sacar cosas para suplir las necesidades de quienes iban llegando en el repliegue de las tropas. Y eso tuvo repercusión el día de su matrimonio.

Llegados al juzgado, en el cual el juez se encontraba solo escribiendo en un libro de registro y ordenando documentos que iba dejando en una de las bandejas del escritorio, Cantador se acerca al mesón y le dice sin ningún preámbulo:

-Señor juez, venimos para que nos case.

El hombre lo miró, se levanta del escritorio y camina hacia él:

-Yo no caso a ladrones –fue su respuesta.

Cantador se rió, y le volvió a decir:

-Juez, queremos casarnos, y usted sabe que yo no he robado nada.

-Cómo ¿Acaso no recuerdas cuando entraste con otros y sacaste cosas de los dormitorios del juzgado para llevártelas quién sabe adónde?

-Juez. Esa vez yo le mostré la orden de requisición y le expliqué que

el ejército necesitaba colchones y cobijas para las camas de los hospitales y centros de atención de los heridos, pero no quiso entender, por lo que tuvimos que sacarlos a pesar de su oposición. Yo cumplía una orden que le entregué por escrito y no obedeció. Y eso no tiene nada que ver con lo que ahora le estoy pidiendo.

-No me importa. Yo no te casaré.

La turbación de Pilar, al ver lo airado que estaba el juez, la hizo mirar al teniente como preguntándole qué pasaba y éste, adelantándose hacia el mesón, preguntó al juez:

-¿Estás diciendo que las órdenes del ejército son dictadas por ladrones?

El teniente era malagueño y tenía muy buen humor, a pesar de lo que pasaba en la guerra, por lo que Cantador no hizo gesto alguno cuando levanta el fusil que portaba y le pregunta como una orden:

-¿Los vas a casar o no?

El pobre juez creyó verdaderamente que le iba a disparar, y sólo atinó a decir “Sí, sí, sí”. Los hizo pasar al escritorio y sin exigirles los documentos de identificación, les preguntó sus nombres y los datos personales para llenar el acta. Acto seguido, pronunció las palabras rituales desde el manual que tenía abierto y sin discurso ni parabién alguno, los declaró marido y mujer. Una vez cumplido este trámite, le preguntó con temor al teniente si podía firmar como testigo. El malagueño tomó la pluma y con un gesto teatral estampó su rúbrica en la hoja del libro de registro. El juez pasó el secante sobre la hoja y sin más palabras comenzó a copiar los datos necesarios en una libreta. Cerró el libro de registro y extendió el brazo para entregar a Cantador la libreta.

-Espero que puedan ser felices –articuló. –Casarse en estos días pareciera no tener sentido.

No hubo ceremonia alguna ni brindis. Un abrazo del teniente y unas lágrimas de Pilar. Sin familia ni trajes, sin la emoción ni el nerviosismo de los preparativos. Un acto que no tuvo ninguna solemnidad pero que para

ella fue como entrar a otra realidad, a pesar de lo que vivía. Se aferró a Cantador y lo estrechó contra ella, sin palabras, con lágrimas que corrían por sus mejillas, sintiendo solamente lo que vivía en ese momento sin pensar ni ilusionarse con el futuro. No había nada para mañana porque ni siquiera sabían lo que le deparaba el hoy al salir de ese edificio y a lo único que se podía aferrar era a su amor, que desde ese momento pasaba a ser para siempre. Y pidió para sí que la guerra terminara.

Cantador recibió el abrazo del teniente que con su vozarrón gritó “¡Que vivan los novios!”, pero nadie había en la calle que le contestara. El frío o la emoción los hizo correr hasta llegar a la casa, donde el malagueño los volvió a abrazar y con un ademán que quiso imitar una verónica les dijo:

-¡Olé por el amor! Que les tengo un regalo pedido por mí y dado por el comandante. Tomen sus cosas y ocupen la casa que está al final de la calle. Será para la luna de miel de unos cuantos días, que no hay más permiso. Te presentas al cuartel y vivirás con tu mujer en la misma casa.

Y dicho eso, besó a Pilar en las mejillas, volvió a abrazar a Cantador y se fue calle abajo cantando:

-“Te encontré en la playa, malagueña, te encontré; bañada por el sol en la arena, malagueña, bañada por el sol; y tu piel morena fue mi dueña, malagueña, fuiste mi dueña...”

EL CAMINO QUE NO SE VOLVERÁ A PISAR

*Tierra. La despedida
siempre es una agonía.
Ayer nos despedimos.
Ayer agonizamos.
Tierra en medio.
Hoy morimos.*

(Miguel Hernández)

Cuando Cantador escuchó de los labios del delegado de gobierno que la guerra estaba perdida y que se debía organizar la salida de los soldados sin generar pánico entre los civiles, al término de la reunión le pidió al comandante hablar en privado

-Comandante –le dice –usted sabe que me casé y traje a mi mujer a vivir conmigo.

-Sí, Cantador. Sólo a un loco se le ocurre casarse justo cuando hay que salir antes que llegue el enemigo. Pero bueno, eres joven y quizás sea mejor para ti y tu mujer salir juntos. Pero sabes que primero están las tareas de organización y después saldremos nosotros. Al parecer seremos los últimos en cerrar la frontera.

-En eso no tengo dudas, comandante. Pero me gustaría que se vinieran de Berga la madre de mi mujer con su cuñada y las hijas de ella. Así salen todas juntas y después me encontraría con ellas en Francia.

-Cantador, todavía no podemos abrir el pueblo a los civiles, pero igual están llegando desde Barcelona. Así que si pueden salir pronto de allá y venirse en el tren, espéralas en la estación y tú mismo las sacas diciéndoles a los policías civiles que se vienen a vivir contigo. No les hables a ellos de la salida.

Logró que su mujer escribiera a su madre, evitando que a pesar de

su insistencia fuera a Berga, porque la situación se estaba tornando caótica y ya no existía normalidad alguna en los trenes. Les dijo que trajeran lo más necesario y que se vinieran por cualquier medio y por si no alcanzaban a comunicarse, les entregó las indicaciones para llegar a la casa. Y así ocurrió a los pocos días, porque se habían extendido los anuncios del franquismo de la derrota total de las tropas gubernamentales y del fin de la República, lo que no era efectivo porque aún se luchaba en pequeños frentes. Pero Cantador sabía que el fin estaba cerca y que las órdenes de organizar la salida no estaban destinadas a la población civil sino que a los miembros del ejército republicano, que debían salir según las órdenes que entregaba la comandancia. En los pocos días que tuvieron para estar juntas prepararon lo que creían necesario para llevar y entonces le habló a la familia y les dijo que debían salir.

-¿Pero adónde vamos? –repetían la pregunta.

-¿Y dónde nos vamos a ver? ¿Cómo nos vamos a encontrar?

Su mujer insistía en quedarse con él. -Ya veremos, porque no lo sé. Lo único que puedo decirles es que tienen que salir ahora, cuando puedan, porque Francia abrió la frontera y es mucha la gente que quiere pasar.

No era necesario que se los dijera, porque por la misma calle se veía gente subiendo por el camino, abriendo paso a los camiones llenos de personas o militares heridos, que no daban abasto para más. Otros vehículos estaban a la vera detenidos e inmóviles, incapaces de continuar con su carga humana, pero que en un inútil intento algunos trataban de repararlos. Caminaban sin prisa porque les era difícil hacerlo con maletas, sacos en los hombros, bultos envueltos con sábanas o mantas, que al desatarse iban dejando un reguero de prendas irre recuperables. De pronto un grito de alarma por el motor de un avión franquista, que ametrallaba o lanzaba bombas a alguna columna. Y así fue como salieron, sumándose a la columna de caminantes cuyo único destino era Francia, ninguna ciudad, sin rumbo, salvo ir hasta donde pudieran llegar a salvo.

En la frontera los gendarmes franceses pedían identificación que

muchos no tenían y tuvieron que ir aceptando los nombres para no detener los cientos que se agolpaban ante los sitios de registro, separando a los hombres de las mujeres y niños. Unos en dirección al oeste; madres, hijas e hijos hacia otra parte, separándolas de sus maridos y padres, provocando otra vez las escenas de despedidas y llantos que no por repetidas dejaban de ser dolorosas. Continuaban caminando como una columna de menesterosas que se veían pasar por las calles sintiendo el rechazo de algunos, pero también la mirada compasiva y solidaria de muchos.

Quedaron en una especie de explanada sin protección alguna, porque lo que había eran barracas con entradas y ventanucos, pero sin nada en su interior, salvo la arena que traía el viento que venía del Mediterráneo. A los dos días las sacaron y fueron llevadas a un tren que a medida que avanzaba iba dejando grupos pequeños en los pueblos donde se detenía. Pero nadie decía nada, sino que en francés indicaban a las mujeres y niños que debían descender, para ser recibidas por personas que las llevaban a albergues, casas de acogidas, iglesias o refugios. El viaje duró todo el día y cuando ya quedaban algo más de la mitad de quienes habían subido en la partida, llegaron a un campo cercado con alambres en el cual se veían construcciones de madera ordenadas en filas y separadas entre sí por espacios que eran callejones por donde transitaban guardias a caballo.

Las distribuyeron a gritos, separando las mujeres con niños de aquellas que estaban solas, y una vez formadas, pudieron ingresar a las barracas. Eran filas de literas con paja como colchón, enterradas en la arena, que pronto demostraron que en algo protegían del frío si se tenían cobijas, pero el viento que soplaba por entre las barracas penetraba por los espacios que no tenían puerta y por los espacios que imitaban ventanas cerca del techo. Poco demoraron en saber que la lucha contra el hambre sería más dura, porque los franceses las hacían desayunar con un brebaje caliente parecido al café, con un trozo de pan duro, y al almuerzo les vaciaban en un plato metálico un cucharón con un caldo de legumbres que cocían en fondos de agua con sal sin sacarlas de los sacos, con gorgojos y gusanos

que hacían casi imposible comer sin asco, separando los granos de los insectos muertos. Los niños apenas podían tomar algo de leche aguada y su delgadez esquelética era penosa y dura. Para Pilar, a la desesperación por las condiciones en que se encontraban, se sumaba la angustia por no saber lo que sucedía con Cantador ni dónde se encontraba. Cada día era más duro y nada les hacía tener esperanzas ni vislumbraban solución alguna para su encierro en la barraca inhospitalaria y carente de las necesarias condiciones de higiene para las mujeres ni las niñas, y mucho menos para el pequeño de pocos años.

Los días se fueron haciendo más duros a medida que avanzaba el invierno, pero las enfermedades que hacían estragos entre las más débiles no eran sólo productos del frío. La sarna, el cólera y los piojos tenían que ver con las condiciones en que estaban viviendo, sin agua corriente, con letrinas cavadas en la arena, y aunque la vacunación se hacía de manera regular, el tifus igual atacaba.

Las muertes de mujeres provocaban reacciones de protesta entre ellas, pero los más duros eran los momentos en que se conocía la de un niño o de una niña, situación que produjo una ola de indignación cuando dos hermanitos murieron de una diarrea que durante días los consumió, sin que hubiera atención para ellos. El dolor se fue transformando en una protesta organizada que sobrepasó la vigilancia de los guardias senegaleses y llegó a las autoridades francesas, obligándolas a aceptar la presencia de un grupo de apoyo humanitario inglés. Recorrieron las barracas y hablaron con las mujeres, quienes exigieron ayuda sanitaria especialmente para ellas y las niñas, porque no podían continuar con su higiene íntima metiéndose al mar, así como mejorar las condiciones de alimentación y salud para los niños.

Fue en una de las conversaciones que Pilar tuvo con una joven que le habló de la lucha en Asturias y de su relación con ingleses pertenecientes a una organización de ayuda que les permitió la salida de Oviedo y su permanencia en Barcelona. Cuando conoció a Cantador, Pilar le contó a Cantador acerca de estas personas que se hacían llamar “amigos” y que

no practicaban ritos ni hacían ceremonias, aunque se decían cristianos. Después había sabido que eran cuáqueros, que no tenían iglesias y que se reunían en lugares comunes a conversar acerca del bien y del mal, del ser humano y, más que nada, de lo horrible de la guerra, tratando de no emitir juicios políticos a favor o en contra de la República. Así fue como ella, en compensación del apoyo que les habían dado los ingleses, colaboró ayudando como auxiliar de enfermería en un centro hospitalario del Ejército Popular en Berga.

Le contó lo que les había acontecido desde que salieron de ese pueblo y de su matrimonio en Puigcerdà, pidiéndole que ubicaran a su marido y allí se enteró que estaban intentando sacar de ese lugar primero a todas las mujeres con niñas y niños, para enviarlas a pequeños refugios más al interior de Francia. A las semanas partieron nuevamente a otro lugar, pasando por lugares desconocidos hasta que a ellas y a otras dos familias las dejaron cerca de Lyon, en una especie de casa de campo que estaba abandonada pero que tenía las comodidades básicas. Y desde ahí, a través de una oficina de la organización creada para las personas refugiadas, logró Pilar que se publicara en un periódico un aviso preguntando por su marido, junto con muchos otros que requerían noticias de hombres y mujeres que habían salido de España. Como resultado supo dónde se encontraba Cantador porque él, a su vez, lo vio en el periódico que llegaba con páginas enteras de avisos en letras pequeñas, que pedían noticias acerca de personas, entregando los datos necesarios para establecer la comunicación.

Pilar sabía que su marido saldría de España siguiendo otra ruta, pero no podía imaginar que sus sufrimientos durarían tanto y que la separación sería mucho mayor que el tiempo que habían estado casados.

LAS PÉRDIDAS

*Lo que haya de venir, aquí lo espero
cultivando el romero y la pobreza.
Aquí de nuevo empieza
el orden, se reanuda
el reposo, por yerros alterado,
mi vida humilde, y por humilde, muda.
Y Dios dirá, que está siempre callado.*

(Miguel Hernández)

Cuando escuché de labios del delegado decir que la guerra llegaba a su fin y que nuestro ejército se estaba replegando hacia los últimos bastiones que le quedaban a la República, también se nos dijo que teníamos que organizar la retirada y evitar el pánico en la gente. Y aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de volver a ver a mi familia en Villanueva, y quizás nunca más, porque ya conocíamos lo que Franco hacía con los prisioneros del Ejército Republicano. Así que más allá del dolor por lo que significaba para España el que los fascistas ganaran la guerra, estaba el dolor personal de muchos o de todos nosotros, que habíamos salido de nuestros pueblos dejándolo todo, por muy poco que fuera. Pero yo tenía ahora que preocuparme de mi mujer, de la que me había dado la guerra, de este amor nacido de pronto en una calle de un pueblo catalán.

Hice lo que nos ordenaron y al final salimos de los últimos, descargando nuestra rabia en los que izaron la bandera monárquica en el puente después de arriar la nuestra. Pasamos a Francia al igual que los otros soldados, llevando el arma que nos correspondía, el uniforme, un capote y en un bolso algunas conservas y chocolates que servirían para muy poco tiempo. Algunos, al dejar el arma en el montón que se formaba, daban un grito contra Franco, avivaban a la República o en silencio cuidadosamente

la acomodaban para que quedara vertical, como separándose de algo muy querido. Luego mostramos la identificación y emprendimos la marcha en orden militar por la ruta que custodiaban los gendarmes franceses. Nos llevaron a un campo abierto en el que algunos pocos árboles desafiaban el viento, con sus ramas sin hojas que no servían como protección contra el frío ni la helada que ya al atardecer caía sobre las casas que se levantaban en el pueblo. Así, esperando la ayuda que creíamos llegaría, la primera noche la pasamos en vela, sin siquiera sacar ramas de los árboles para encender una fogata porque no queríamos generar problemas a la población francesa. Así estuvimos durante algunos días hasta que decidimos cavar y hacer hoyos en los cuales nos metíamos dos o tres amigos sobre una frazada y nos cubríamos con los capotes o con otras frazadas, lo que nos permitió defendernos de las heladas. Y si las chabolas fueron la solución para el frío nocturno, no pudieron solucionar la falta de agua y baños, por lo que las condiciones higiénicas y sanitarias se estaban transformando en un problema emergente.

Nos pusieron en un tren que nos llevó a Vernet d'Ariège, un campo de concentración construido para la Primera Guerra Mundial cercado y dividido con alambradas y éramos vigilados por unos negros senegaleses, no franceses, para que el mundo no dijera que los franceses se portaban mal con los refugiados. No hablaban francés y disparaban cada vez que alguno se acercaba demasiado a la alambrada que rodeaba el enorme campo. Las barracas eran muy grandes con dos puertas, una en cada extremo y ventanucos arriba. En cada una había entre cuatrocientas y quinientas personas, muchas de las cuales debían dormir en el piso de tierra y otros en unas literas con paja. Pero las cosas se fueron haciendo cada día peores, partiendo por las condiciones higiénicas ¿Cómo ir al baño si no había baño? Hicieron unos entarimados de madera enormemente largos, con un hoyo al lado de otro, debajo de los cuales ponían tambores, fondos grandes con un palo y cuando se llenaban de mugre los llevábamos y la tirábamos al río. Yo entiendo que éramos muchos, pero resulta que en la mañana se levantaban

algunos con diarrea por el frío, por la comida, por la grasa que nos daban, y se hacían filas esperando que se desocuparan las letrinas para usarlas. Cuando se llenaban iban los cuatro de aseo que se iban turnando para sacar el tambor tomándolo con el palo que era como un asa grande que lo cruzaba en la parte superior. Así íbamos con la mierda y la tirábamos al río. No sé cuanta profundidad tenía, porque yo lo único que recuerdo era pura mierda. Vaciar la caca era insufrible.

Estábamos todos llenos de piojos, donde uno se sentaba en el campo se llenaba de piojos, ladillas, pulgas. Cierta día un médico pidió que le llevaran grasa de chanco y azufre, hizo una mezcla y con eso embadurnó a unos cuantos que no soportaban la picazón del cuerpo. Era sarna. No había agua y ni siquiera uno se podía bañar en el río, y en pleno invierno no se podía andar sin las ropas que eran el criadero de los parásitos. Y en el verano, no se podían lavar. Pero también las infecciones provocaban la muerte y cada vez que se iba un compañero, salían los de la barraca y lo llevaban al cementerio. Emocionaba el desfile que pasaba entre las barracas y que en la calle recibía el saludo de la gente que vivía en el pueblo. El pueblo francés nos quería. Eran los guardias y las autoridades francesas quienes nos trataban mal.

También se producían riñas violentas por cuestiones políticas, especialmente cuando se hablaba de las causas de la derrota, así como sucedían problemas de convivencia por cosas pequeñas que dadas las condiciones en que nos encontrábamos, se agrandaban de sobremanera. Fue lo que aconteció con el encargado de nuestra barraca que retiraba más del pan que nos correspondía, para después repartir el sobrante entre sus amigos y la gente protestaba. Una noche los de la barraca decidieron quitarle el trabajo y me nombraron a mí porque algunos me conocían por el trabajo que hacía en el batallón de intendencia. Yo no quería pues me imaginaba que lo que iba a pasar y así fue, porque un compañero que había estado conmigo cuando yo retiraba pan de más para darles, incluso sacándole a los gendarmes, me dice que si no me quedaba tranquilo me iba a denunciar. Yo

iba con un ayudante a buscarlo y un día el gendarme quedó extrañado, “¿Y el otro? No, es que me nombraron a mí” y me echaron de la cocina donde hacían el pan. Me dijeron que ellos no aceptaban esos cambios, solamente el que estaba antes, y yo qué era lo que hacía: cuando sacaba más panes de los que me daban, los repartía antes de repartir el caldo, para que comieran todos. Eso le gustó a la gente. Cuando uno se está muriendo de hambre, cualquier cosa que ayude a matarla sirve.

El sufrimiento era mucho y gran parte del día lo pasábamos intentando acelerar las horas, porque más allá de hacer las tareas que nos repartíamos para el aseo y limpieza de la barraca, había reuniones entre los más afines políticamente. Yo le daba vuelta a los recuerdos del corto tiempo que conocí a Pilar, de lo poco que habíamos vivido como enamorados y casados, sin poder hacerme la ilusión de un futuro. La desesperación me la ganaba a veces hasta que leí el aviso del diario, que era un tanto atrasado. Me dio una emoción muy grande y se lo comenté a los compañeros, mostrándoles lo que estaba impreso. Ahí comencé a ilusionarme con la libertad, pensaba cómo escapar, pero era imposible con los negros senegaleses dispuestos siempre a disparar y vigilados día y noche. Y si me capturaban, me entregarían a los fascistas y me fusilarían, como nos amenazaban. Ahora la nueva angustia era ir donde estaba ella, saber que sufríamos lo mismo por la separación, pero no saber cuándo se terminaría.

Con los meses se fue haciendo insufrible la vida en el campo y me sostenía la esperanza de que no podía ser eterna, que algún día nos liberarían y que sería antes de la guerra, porque de ello se hablaba, sin que estuviera muy claro lo que sucedía en el resto de Europa. En algún momento salieron algunos ofreciéndose como voluntarios para incorporarse al ejército francés, porque vieron la oportunidad de terminar con el calvario aunque otros, con las mismas palabras que conocía desde que me incorporé a la milicia, hablaban de continuar combatiendo al fascismo, ahora luchando contra Alemania e Italia, odiadas por haber apoyado a Franco con todo el armamento que necesitaba para derrotar a la República.

Nos sentíamos ajenos a lo que pasaba en el resto de Europa, pero también presentíamos que el desarrollo de la guerra nos afectaría y que para nosotros, los refugiados, la solución tendría que pasar por la liberación pero no teníamos idea de cómo sería ella. Un día cualquiera nos dicen que estaban ofreciendo irse del campo a otros países y que había que firmar una solicitud dando todos los antecedentes personales. En el papel las alternativas que daban eran la Unión Soviética, México y Chile. Yo marqué México y escribí Estados Unidos; de Chile tenía la idea de lo que era como cualquier estudiante, porque me acordaba de la Tierra del Fuego de cuando era niño, pues me llamaba la atención eso del fuego, pero cómo era, no tenía idea. Incluso lo imaginaba con celdas y animales salvajes de los cuales había que protegerse. Pero para mí, aunque me enviaran a la Cochinchina era mejor que estar ahí. Así que di mis datos y los de Pilar, indicando dónde se encontraba. Al escribirle le dije a ella lo que había hecho. Por cierto que me dijo que iría adonde yo dijera, que lo único que quería era encontrarse conmigo.

Y una mañana nos avisan que debemos presentarnos en la guardia y nos comunican que debemos alistarnos para irnos a Burdeos, al otro lado de Francia. Pero algo había en mí que hacía fuerza para quedarme, porque me recuerdo de un capitán que se estaba muriendo y le dije: “Capitán, váyase usted que está enfermo” y los gendarmes me dijeron que no, que no se podía, que tenía que ser yo no más. Debe haber sido el miedo de partir sin Pilar.

Algunos nos preguntaban que a dónde nos íbamos y nosotros no lo sabíamos, hasta que nos entregaron el documento que nos daba las instrucciones para llegar a Burdeos y embarcarnos hacia Chile. A los franceses sólo decíamos “a Chile, a Chile” y los franceses replicaban “Chili, Chili”, con expresión clara de no saber qué era eso. Llegamos a la ciudad y allí nos indicaron hacia dónde debíamos ir y qué debíamos hacer. Después de esperar con la impaciencia propia de quien nada sabe acerca de lo que le sucederá, me entrevista un señor elegante, vestido de blanco, que me

pregunta acerca de mi vida, a quien le llama la atención que a pesar de haber estudiado en un seminario menor hubiera ingresado como voluntario a las milicias populares y que no fuera franquista estando tan metido en la iglesia. Y también me preguntó acerca de mi matrimonio y fue en ese momento cuando le dije:

-“Oiga señor, yo no me voy a ir, mi mujer está aquí en un campo y hace seis meses que no nos vemos”

Se rió y me respondió: -No pasa nada, mira, mañana a las 11 llega un tren donde viene ella -y el tren llegaba hasta ahí mismo, hasta Trompeloup.

Yo no tenía idea de quién era el señor que me entrevistaba; creía que era un diplomático cualquiera y luego, estamos en el barco y empiezan a hablar por la radio de Neruda y el Gobierno de Chile. Así me entero de su importancia.

Y al día siguiente llegó Pilar. Entre las gentes que corrían de un lado para otro a lo largo del tren nos encontramos en un abrazo y ella, llorando, se aferraba a mí sin reparar en lo sucio de mis ropas ni en mi pobre condición. Nuevamente hicimos los trámites para el embarque, ahora con los papeles de ella, e iniciamos la ruta hacia lo que sería una vida nueva.

Fue la última vez que sentí la rabia contra quienes durante todo el tiempo me empujaron y me gritaron ¡allez!, ¡allez!, como lo hacían con nosotros los gendarmes franceses desde que cruzamos la frontera.

SEGUNDA PARTE

La palabra Winnipeg es alada. La vi volar por primera vez en un atracadero de vapores, cerca de Burdeos. Era un hermoso barco viejo, con esa dignidad que dan los siete mares a lo largo del tiempo. Lo cierto es que nunca llevó aquel barco más de setenta u ochenta personas a bordo. Lo demás fue cacao, copra, sacos de café y arroz, minerales. Ahora le estaba destinado un cargamento más importante: la esperanza.

(Neruda: Para nacer he nacido)

LA VIDA NUEVA Y LOS DESAFÍOS DEL FUTURO

*Labriegos, carpinteros,
pescadores,
torneros, maquinistas,
alfareros, curtidores:
se iba poblando el barco
que partía a mi patria.
Yo sentía en los dedos
las semillas
de España
que rescaté yo mismo y esparcí
sobre el mar, dirigidas
a la paz
de las praderas.*

(Neruda: Misión de amor)

En la suave temperatura de comienzos de agosto, mujeres y hombres observaban desde la cubierta el zarpe del barco, que con los anuncios hechos por sus sirenas y el sonar de sus motores daban la partida a un viaje que la gran mayoría no sabía bien a dónde los conduciría. El silencio de sus miles de pasajeros se fue rompiendo a medida que se separaban de la ribera del estuario, con sollozos que se hicieron más fuertes y con el llanto que no pudo ser acallado en las gargantas cuando unos instrumentos que intentan ser una banda de músicos comienzan a tocar el Himno de Riego, que se canta entrecortado a pesar de tratar de hacerlo a todo pulmón.

Salido el barco de la Girona, deja atrás la suavidad de la navegación por la desembocadura de los ríos y se enfrenta al Atlántico en el Golfo de Vizcaya, con el consiguiente cambio en la condición de los pasajeros. La debilidad de muchos de los recién liberados no permitió que su físico pudieran enfrentar la fuerza del movimiento de las aguas, pero el dolor no terminó ahí, porque horas después, al surcar las aguas de las costas

cantábricas, muchos entendieron que al frente estaba la España que quizás no volverían a ver. Y en el silencio se despidieron de ella, balbuceando los adioses a quienes dejaban para siempre.

Ya entrado de lleno en el océano, Pilar y Cantador, así como quienes se encontraron después de tantos meses, pudieron dar expansión a la alegría contenida por culpa de las olas y comenzaron la travesía completando las historias de sus vidas y se enteraron de sus pasados, de lo que no habían podido contarse en el breve tiempo que duraron casados antes de salir de la tierra en que vivían. Jóvenes como eran, el viaje lo sintieron en un comienzo como un remanso, que a pesar de las incomodidades de un barco de carga transformado en uno de pasajeros, les permitió afianzar el amor que durante tan poco tiempo habían vivido juntos y hacer de la travesía una especie de luna de miel. Como otras parejas jóvenes, recorrieron el barco buscando lugares aislados que, aunque difíciles de encontrar, siempre era posible apropiarse de alguno en las noches del trópico antes de pasar al Pacífico y después de llegar a él, que gracias al calor constante permitía dormir en cubierta y no ocupar las bodegas que eran sus dormitorios.

La vida a bordo se fue ordenando y se construyeron rutinas para las comidas, el aseo, la atención de los menores y para otras actividades comunes que requerían de la participación voluntaria de los pasajeros, toda vez que la tripulación era escasa y no podía cubrir los requerimientos de tantas personas que llevaba el viejo barco. Pero también se fueron organizando, al igual que en los campos de concentración, los grupos de afinidad política que hacían análisis de las noticias de lo que acontecía en la Europa de preguerra y que se recibían por radio. De la misma manera que en aquellos, las discrepancias generaban conflictos que producían malestar en muchos, especialmente en quienes no tenían militancia partidaria.

Cantador no participaba en esos grupos a pesar de que muchos lo consideraban afín al Partido Comunista, por el hecho de haberse incorporado a las milicias en el Quinto Regimiento. Sin negar esa afinidad, él no militaba y mantenía una actitud crítica hacia algunas cosas que veía en el barco y que

muchos comentaban, porque aparecían contrarias al espíritu igualitario que, para él, debía primar en quienes ya se sabían exiliados y emigrantes. No entendía por qué algunos iban en camarotes y otros en bodegas, o quienes accedían al bar por llevar dinero y otros que malamente debían contentarse con el agua potable del barco.

Pero ello no fue óbice para que los jóvenes vivieran en plenitud el viaje, maravillándose del Canal de Panamá y de las constantes demostraciones de belleza que les entregaba el Océano Pacífico cuando iniciaron la navegación por él. Los días pasaron y pronto se acercaron a la costa chilena, hasta que anclaron frente a Arica. Cantador, a pesar de no participar en las reuniones políticas, siempre se enteraba de lo que sucedía y así supo de la campaña que se había levantado contra el barco y sus pasajeros, por lo que no le extrañó que también a la llegada a este país pasara lo mismo que había acontecido en cada puerto que atracaron para reabastecerse. En Chile la campaña antirrepublicana se hacía a través de dos diarios, que acusaban al gobierno de traer personas perseguidas por España porque eran criminales que habían salido de campos de prisioneros de Francia, que no quería tenerlos en su territorio por su peligrosidad. Que traían enfermedades contagiosas que dañarían la salud de los chilenos y que, además, le quitarían el trabajo a los nacionales. Pero nadie decía con claridad lo que sucedía, hasta que abordan el barco personas vestidas de blanco que eran médicos y enfermeras preparados para enfrentar una calamidad. Se dieron cuenta de que no había nadie en estado que requiriera ser hospitalizado ni que el buque quedara en cuarentena, como lo que habían querido los dueños del Canal de Panamá cuando lo quisieron cruzar.

Se reinició el viaje, quedándose en Arica quienes sabían de olivos y aceitunas, así como otros que eran pescadores. Después del zarpe, comenzaron a preparar la recalada en Valparaíso, recogiendo la documentación entregada en Trompeloup para después darles los documentos de identificación provisorios, como también entregándoles más informaciones acerca del país que los recibiría. Sin embargo, nadie esperaba que aconteciera lo que les

tocó vivir, porque era una multitud la que fue llenando el muelle mientras atracaba el barco, que durante la noche había esperado, al igual que sus pasajeros, la llegada del día para el anhelado desembarco.

Carteles con saludos, gritos, aplausos, discursos, bandas y toda una gigantesca recepción para quienes, según decía la gente, eran los heroicos republicanos luchadores contra el fascismo. Ordenados en filas, Pilar y Cantador fueron atendidos por personas del Comité de recepción y después de ser vacunados nuevamente por el personal de sanidad, les entregaron la documentación chilena. En medio del ajetreo, una mujer se les acercó y de una manera muy suave le preguntó a Cantador: “¿Usted no trae maleta?”. Él le respondió levantando sus hombros y abriendo los brazos. Ella los tomó a ambos y los llevó a un sector y les entregó una caja, sin más palabras que un “Bienvenidos, compañeros”. Fueron las primeras ropas y zapatos que él tuvo después de las que le entregó Pilar al encontrarse en el barco y que usó por largo tiempo, hasta que al comenzar a trabajar pudo comprarse otras que mejor le acomodaran. Y a medida que pasaban eran tocados y abrazados, en una demostración que para muchos era incomprensible. Después de tamaña recepción, fueron conducidos a un sector amplio del puerto, donde recibieron un almuerzo para después tomar el tren que los trasladaría a Santiago.

El viaje fue más largo de lo previsto, porque en cada pueblo del trayecto el tren hubo de parar para que los exiliados recibieran el saludo de la gente, que en mitines con bandas, discursos y carteles les daban la bienvenida. Después de horas de viaje llegaron a Santiago, donde el número de personas que esperaban era mucho mayor que en el puerto, de tal manera que salir de la estación a los lugares destinados como alojamientos fue muy difícil. Muchas personas ofrecían sus casas para llevar “a los compañeros españoles” o les entregaban un papel con la dirección. No sabían que la organización que los recibía ya tenía hoteles, residenciales y pensiones para albergarlos, así como las casas de muchos particulares que solidarizaban con ellos que las ofrecieron como alojamiento provisorio.

Al joven matrimonio dormir en una cama, después de un mes de incómoda navegación, fue la culminación de un día emocionante por lo que sintieron al ver la manera en que eran recibidos por un pueblo desconocido y hasta ese día tan distante. Recordaron hasta la madrugada los momentos cuando allá, en Puigcerdà, recién casados ocuparon la casa que les entregaron para su noche de bodas y los días que le siguieron hasta la salida a Francia. Fue un reencuentro con sus cuerpos y un nuevo aprendizaje después de tantos meses en que no pudieron compartir el sueño en un mismo lecho.

Pero a Pilar y a Cantador aún les faltaban más emociones, como la que vendría al día siguiente y que para ellos fue tanto o más representativo que todo lo visto en el puerto de Valparaíso y en la estación Mapocho, de lo que significaban las personas que habían llegado en el barco para quienes los recibieron en el país. A ellos la primera noche los llevaron a un hotel de calle San Diego, informándoles que al día siguiente los irían a buscar para todos los efectos propios de su instalación. A la media mañana del lunes, al salir del hotel donde habían alojado, se dieron cuenta que la calle estaba toda embanderada, con guirnaldas que la cruzaban de un lado al otro y que los almacenes y tiendas mostraban sus vitrinas arregladas con motivos en los cuales primaban los colores de la bandera que ya les era conocida. Salieron a recorrer y a conocer el centro y a la hora que les indicaron los recogió un hombre que lo primero que les dijo fue que no se podían quedar ahí y que los llevaría a su casa. Anduvieron en un tranvía durante un largo rato hasta llegar a una casa pobre, en la que estaba la esposa del hombre. Les sirvieron de comer y estuvieron conversando de lo que les aconteció en la guerra y los dueños de casa les respondieron las preguntas que ellos hicieron acerca del país. Cuando oscureció y se hizo tarde, el hombre les dijo:

-Van a alojar aquí esta noche, porque donde los mandaron no es un lugar para ustedes. Yo mañana los llevo al Comité para que solucionemos el problema, por lo que no hay que preocuparse.

Cantador sospechó algo y en un momento en que quedaron solos le dijo en voz baja a Pilar:

-Esta gente tiene una sola cama y no sé dónde vamos a dormir.

Pero no alcanzó a tener respuesta, porque el hombre al regresar les habló con una sonrisa:

-Ya compañeritos, está listo todo. Si se quieren acostar, está lista la cama.

Pilar le preguntó dónde dormirían ellos.

-Ahí, en la otra pieza. No se preocupe, compañera, así que pasen al dormitorio no más.

-Pero compañero, -dijo Cantador, -nosotros estamos acostumbrados a dormir en el suelo. Cómo vamos a aceptar que nos den su cama.

El les sonrió y sólo les dijo: -Buenas noches, que duerman bien y sin cuidado.

Al día siguiente, desayunaron con huevos fritos y un café que después se enteraron que era de higo, fueron a la sede del Comité y el hombre conversó con uno de los encargados, explicándole con cierta molestia que tenían que sacar a los jóvenes de ese lugar, porque era un hotel que usaban las prostitutas para llevar a sus clientes. Grande fue la sorpresa de Pilar y Cantador y en la conversación que sostuvieron al conocer esta situación, terminaron riéndose porque ellos contaron que cuando habían salido y se habían quedado en la puerta para decidir hacia dónde caminarían, la gente que pasaba los miraba y les sonreían y ello pensaron que lo hacían porque los habían reconocido como refugiados españoles, devolviendo las sonrisas. En la tarde los acomodaron en una residencial cercana al Parque Forestal.

En la casa les comentaron que estaban celebrando las fiestas patrias, que era la conmemoración de la independencia de la corona española y que la fiesta se hacía en un parque cercano al centro. Entusiasmados, ese fin de semana fueron invitados al Centro Republicano y de ahí, con otros españoles, salieron a recorrer la ciudad y viendo como mucha gente caminaba alegre en una dirección, siguieron con ella hasta donde había expendios levantados sobre la tierra y en medio de arboledas, que ofrecían comidas y bebidas. Pero su atención recayó en las carretas y camiones que tenían grandes

toneles con una manguera cuyos propietarios ofertaban tomar de ella lo que pudieran chupar, pagando un peso. Y así como ofrecían vino, había otros que lo hacían con chicha, la que conocieron mucho después.

El Comité les había hecho un pequeño aporte de dinero, que se mantuvo hasta que Cantador encontró trabajo y que les ayudaba a movilizarse y comprar algunas cosas para el diario vivir, pero en esas fiestas no comieron nada, ni siquiera lo que les pareció más cercano a lo que ellos conocían. Lo que sí les quedó marcada fue la cantidad de ebrios que se encontraban en las calles durante esos días, visión que compartieron con otros exiliados cuando se encontraron en un acto al que fueron invitados.

A fines de mes Pilar dio muestras de sentirse mal y sus agudos dolores hicieron que Cantador pidiera ayuda. De inmediato la enviaron al hospital donde atendían a los exiliados, en el que después de los exámenes el diagnóstico fue claro: había que internarla y operarla a la brevedad porque tenía pólipos en los ovarios. Todo el proceso de su enfermedad fue controlado por un médico dispuesto por el Comité responsable de los exiliados, de la misma manera como toda su permanencia y tratamiento tanto en el hospital como cuando fue dada de alta.

Durante el tiempo que duró su estadía en el hospital se le vinieron a ambos otros dolores: los de la ausencia. Ella, sintiendo la falta de su madre para quien era la luz de sus ojos, como la llamaba. La única hija entre tantos hermanos gozaba de los mimos y de la cercanía materna que añoraba y se lo decía a Cantador, más ahora que la soledad del hospital no le daba la compañía de su marido, cuyas visitas estaban constreñidas por las horas y los días.

Cantador sufría y en su búsqueda de trabajo y las idas al Centro Republicano intentaba matar el tiempo que sin Pilar se le hacía más penoso. Él no añoraba cariños ni palabras paternas, que nunca tuvo, pero sí pensaba en lo que habría hecho su madre o la mujer que conocía desde pequeño y que vivía al lado de su casa, a la que llamaban “La Sabia” y cuyo nombre era Josefa. Una mujer analfabeta que podía curar enfermos, pidiéndole a él,

cuando estaba en el pueblo, que le escribiera lo que recetaba. Cantador no comprendía cómo podía ella conocer de enfermedades y de remedios sin saber leer ni escribir, preguntándole “Oiga, pero usted ¿cómo sabe?”, “No sé, se me viene a la memoria...” recordaba. Un jarabe, una yerba, tal o cual pastilla, y según decían, la gente sanaba. Su madre le contaba que algunas veces ella no atendía a una persona y le daba diversas excusas, pero que en realidad no lo hacía porque en ella “le veía la cara de la muerte”. Algunos días ella salía en la mañana y volvía en la tarde, después de haber recorrido todo el pueblo viendo enfermos, al igual como lo hacía el cura, pero ella no se metía con él, porque era un don que le había dado dios y que el cura nada tenía que hacer en él, como decía.

Tal ausencia de cobijo afectivo no era igual a la de la guerra, porque a pesar de estar lejos de la casa materna era en la misma tierra y podía existir la posibilidad, aunque remota, de ir a ella. Creía que al ganar la guerra desaparecería la distancia. La ilusión se perdió al embarcarse rumbo a donde estaba ahora y esta realidad se hizo profunda al encontrarse solo y embargado por la tristeza. Pero debía salir adelante con sus propias fuerzas, porque no tenía otro camino.

Mientras Pilar estuvo en el hospital, Cantador se preocupó por encontrar trabajo, pero no tenía calificación alguna y el Comité privilegiaba la búsqueda de colocaciones para quienes sí la tuvieran, dadas las condiciones en que se encontraba el país luego del terremoto y de la situación mundial. Un día, leyendo “El Mercurio”, apareció un aviso buscando a un joven para reparto. Era la Central de Leche Proselam, que estaba al oriente de la ciudad. Casualmente el dueño era español y lo recibió muy bien, mostrándole todo el trabajo que hacían, y mientras aprendía, su hijo joven le preguntaba cosas de la guerra, simpatizando mucho con él. A la semana, el hombre le dice:

-Mira. Nosotros tenemos muy buenos clientes y los repartidores nos roban, creándonos muchos problemas con ellos. Así que a ti te vamos a mandar a los que son más exigentes y conocidos nuestros. Tendrás que aprenderte las calles y saber los recorridos para hacer las cosas con prontitud,

por eso de la mantequilla y la crema, que la leche va en otros carros.

En uno de reparto tirado por un caballo, comenzó a llevar esos productos a panaderías y grandes restaurantes. En un comienzo lo acompañó el joven para enseñarle las calles y el recorrido que debía seguir, hasta que comenzó a realizar el reparto solo. Una mañana pudo comprobar por sí mismo el espíritu que animaba a la gente con relación a los españoles exiliados, cuando el caballo tropezó en una calle con adoquines y él saltó por encima del animal, volando del coche los paquetes de mantequilla y los tarros con crema. Quienes vieron el accidente se lanzaron a recogerlos para llevárselos y él, con la entonación propia de un andaluz, les pidió que no lo hicieran, porque no tenía cómo pagar lo que se perdiera. Entonces la gente se dio cuenta que era de los llegados en el barco y le ayudó a levantar el carruaje y a subir la mercadería.

Durante el tiempo que trabajó como repartidor Cantador logró ganar los primeros pesos que les ayudaron a salir de la residencial en que estaban gracias al Comité, una vez que Pilar volvió del hospital. Arrendaron una pieza cerca de la Central de Leche y él compró los primeros muebles: una cama y una mesa con dos sillas, que llevó al hombro en varios viajes, porque no le alcanzó para pagar el flete.

Para Cantador fue este primer trabajo el que le abrió las posibilidades de mejorar y avanzar en las condiciones de vida, desde el momento en que la dueña de un restaurante de la Gran Avenida, también española, le preguntó:

-Oye, paisano, ¿te gustaría trabajar en otra cosa?

-Por cierto que sí, que esto lo hago porque no encontré otro trabajo.

-Mira, tenemos un amigo que es jefe en la RCA Víctor, que también es español. Le hablaremos y la próxima vez que vengas te tendré una respuesta.

-No. Hable con él hoy y vengo mañana, que sí es urgente un trabajo mejor. Mi mujer ha estado enferma, la operaron hace poco y necesitamos más dinero para sus necesidades. Y ella no puede trabajar por lo mismo.

La mujer se interesó y le preguntó qué le sucedía a su esposa, lo que

la motivó a ser más directa:

Bien. Ven mañana que te tengo arreglado todo. Es seguro que tendrás un mejor trabajo.

Saliéndose del recorrido que le correspondía y una vez hecho el último reparto, fue al restaurante donde la mujer le dijo que debía ir a la empresa cuando pudiera, dándole el nombre de la persona e indicándole cómo llegar a la dirección que le dio.

Al día siguiente volvió al reparto, pero le pidió permiso al dueño para no trabajar en la tarde. Que acompañaría a su mujer al hospital, fue la excusa.

El hombre que lo recibió le preguntó que sabía hacer y Cantador fue muy veraz:

-Hasta ahora, llevar un caballo y una carreta, que de los estudios me fui a la guerra y allí aprendí las cosas que se necesitan saber y no otras. Ahora que puedo aprender, por cierto que sí, mire que la necesidad despierta en uno la inteligencia.

El hombre se rió y le dijo:

-Pues mira bien. Aquí se fabrican productos electrónicos como radios y tocadiscos. Hay muchos modelos y lo que no se trae de los Estados Unidos se hace aquí, como los muebles de las radios y fonógrafos. Como tú no sabes de electrónica ni de electricidad, te voy a dejar en la parte de muebles, para que aprendas cómo se trabaja la madera en el armado.

Ya trabajando en la empresa de aparatos eléctricos, se cambiaron a otro sector de Santiago, más cerca de la fábrica y porque, además, el sueldo de Cantador permitió mejorar las condiciones de vida y parecía que comenzaban los tiempos en que desaparecerían las estrecheces, aunque vivieran en una pieza arrendada.

FAMILIA: LOS NUEVOS DOLORES

*Y mis lágrimas corren... No vienen...
¿Quién irá por el triste paisaje?
Sólo suena en el largo silencio
la campana que tocan los ángeles.*

(Juan Ramón Jiménez)

Los jóvenes sentían lo que para ellos era una nueva vida e iban adaptándose a las costumbres, llamándoles la atención lo acogedora que era la gente y cómo inmediatamente que sabían quiénes eran, las personas trataban de allanarles las cosas. Sin bien no sabían cuánto tiempo permanecerían en esta tierra, tenían la esperanza que paulatinamente se irían mejorando las cosas, pues estaban dispuestos a trabajar con todas sus fuerzas para lograr el bienestar que tanto anhelaban. En el aprendizaje se fueron dando cuenta que las personas hacían una distinción entre los llegados en el barco de la República, con los que estaban de antes y que eran partidarios de Franco, a quienes identificaban con los que fueron derrotados en las luchas por la independencia. Con el tiempo Cantador se fue informando de lo que acontecía con la colonia española y por qué no había mucha simpatía hacia ellos, razones que tenían que ver con cuestiones económicas: muchos eran “agencieros” y ganaban a costa de los pobres a quienes les daban préstamos de dinero con intereses usureros al empeñar alguna cosa, que vencido el plazo para devolver lo prestado, era vendida recuperando el dinero más las ganancias que dejaba la venta. En realidad, gran parte de la colonia española era de panaderos, industriales y de personas adineradas, agrupados en un círculo exclusivo al cual los republicanos no accedieron, aunque después de establecidos y cambiada su situación socioeconómica, algunos sí se integraron a él.

En la empresa de aparatos eléctricos Cantador estaba aprendiendo a trabajar la madera, pero además, se había interesado en la electrónica, lo que le permitió avanzar en su empleo.

La preocupación principal era la guerra y el avance de Hitler sobre Europa, a tal punto que para muchos el apoyo de Franco, como retribución al apoyo alemán en la guerra civil, ponía a España en el Eje y que de ganar la conflagración mundial los aliados, las esperanzas del retorno se afianzaban. Pero los hechos fueron terminando con esa ilusión.

A fin de año celebraron las fiestas con algunos conocidos en el Centro Republicano, recibiendo pequeñas cosas como regalos de navidad, costumbre que les llamó la atención porque no celebraban la pascua de los negros, como le llamaban aquí a la de enero, que en España era la Adoración de los Reyes Magos, ocasión en la que se hacían los regalos. Estaban contentos con lo que iban logrando, lo que se acentuó cuando a fines del verano mientras comían, Pilar le dijo, sin preámbulo alguno:

-Parece que estoy embarazada.

-¿Estás segura?

-Creo que sí.

-Pues bueno. Mañana tienes que ir al médico y asegurarte bien.

Pilar esperaba otra reacción y con cierto temor le preguntó:

-Pero ¿no te alegra saberlo?

-Pues sí, por cierto que me alegra. Cómo no me va a alegrar que vayamos a tener una cría, pero es que es tan sorprendente.

Fue ella quien se levantó de la mesa y caminó hacia él. Entonces se puso de pie y la abrazó, acariciándole el pelo. Pilar en su emoción esperaba mucho más, pero él era así y tendría que acostumbrarse a la manera que tenía Cantador de guardar sus emociones. Sabía que él quería tener una familia con hijos, porque lo habían conversado algunas veces aunque ambos temían que no pudiera ser debido a la operación de ella, pero el médico les había dicho que ella sí podía quedar embarazada. Le volvió a preguntar:

-¿Estás contento?

-Que sí, mujer, cómo no lo voy a estar. Lo que pasa es que una noticia así no es común. Lo único que se me ocurre es que te tienes que ver por el médico y escribiremos a tu madre y a la mía para contarles. Pero sí que me alegra.

Cantador consultó en la empresa lo que debía hacer con Pilar, donde les informaron lo que debían hacer y dónde acudir para recibir los documentos para acceder a la atención del embarazo.

Los meses siguientes fueron de alegría, iniciando una nueva vida, porque Pilar le dijo a su marido que quería ayudarlo trabajando en lo que fuera. Así fue como en los primeros meses llegó a trabajar a la casa de unos españoles acomodados en la que estuvo muy poco, porque no soportó más tener que pasar el plumero por el retrato de Franco, a pesar de los insultos que le lanzaba a media voz. Después la contrataron en el Hotel Crillón, junto con otras mujeres que llegaron en el barco, todas buenas mozas, para hacer la tarea de camareras, trabajo que le duró hasta que se dio cuenta que las propinas que dejaban los clientes eran dádivas humillantes.

Durante el embarazo Pilar tejió ropa, mantillas y cosió a mano unas sábanas para lo que sería la cuna. No tuvo problemas y el parto sin complicaciones hizo la felicidad de Cantador, porque en agosto les nació un varoncito al que inscribirían como Miguel, igual que su abuelo andaluz.

La celebración del primer año de la llegada a Chile la hicieron con el recién nacido, agasajado por las amistades del barco y con regalos que les entregaron en el Comité. Al mes siguiente las alegrías de la celebración se ensombrecieron con la noticia de la reunión de Hitler con Franco en Francia, y más aún, en la frontera con España y en el territorio vasco, que a pesar de declararse neutral en un comienzo, era innegable su apoyo al fascismo.

La primavera los acompañaba y el niño crecía llenando los días de ambos jóvenes, que junto con ir superando la estrechez hacían planes para el futuro, pensando que en algún momento el niño podría crecer en España. Un día, a fines de noviembre, Pilar se dio cuenta que el niño estaba inquieto y

en una de las mudas vio que tenía diarrea y lo sintió febril. Cuando Cantador llegó, le pidió que lo llevaran al médico que lo atendía desde que nació y que tenía su consulta relativamente cerca de donde vivían. En el examen comprobó que tenía fiebre, le dio unas gotas y les dijo que estaba generando un resfrío por lo que tenían que darle bastante líquido y bajarle la fiebre con paños húmedos. Pero el niño no durmió bien durante la noche y continuó con fiebre, por lo que en la mañana volvieron a la consulta del médico y lo esperaron para que viera al niño. Lo auscultó y nuevamente afirmó su diagnóstico primero, agregando que la crisis pasaría en tres o cuatro días y mantuvo la medicación. Además, agregó para darles seguridad:

-Cómo se nota que son novicios, que no tienen experiencia, esto no es nada, denle agüita para que no se deshidrate.

Pero en el día continuó igual y Cantador decidió llevarlo al hospital de niños que estaba en la parte centro sur de la ciudad. Esperó por la atención pero ningún médico lo atendió porque se encontraban en una reunión, teniendo que devolverse con él hasta donde vivían. La desesperación era muy grande y decidió llevarlo a la primera consulta médica que encontrara, así que salió con el niño en brazos y cuando llegó el médico lo examinó y le dijo con voz muy queda:

-Lo siento mucho, pero el niño está muy grave. Debe llevarlo a un hospital porque aquí nada puedo hacer por él.

-Fui, pero no me atendieron porque los médicos estaban en una reunión.

-Regrese y obligue a que lo atiendan. Este niño está muy grave y necesita ser internado.

Vuelve en medio de la angustia y al llegar Pilar ve en su cara la desgracia, porque cuando su marido deja al niño en la cama, se da cuenta que sus ojitos estaban fijos y no pestañaba. Había fallecido en los brazos de su padre.

Los gritos desgarradores de ella llevaron a otras personas que vivían en la casa y al enterarse de lo acontecido, de inmediato la abrazaron y

comenzaron a consolarla. Cantador estaba sentado en la cama y arreglaba una y otra vez la manta que cubría al niño, sin proferir palabras, dejando su carita descubierta, como si estuviera durmiendo. Se quedó largo rato sentado contemplándolo hasta que alguien se le acercó y le dijo en voz baja:

-Hay que buscar a un médico, para que lo vea.

Entonces se levantó y se abrazó con su mujer. No tuvo palabras que decirle y sólo dejó que ella llorara mientras musitaba mi niño, mi niñito, para luego decir con sollozos llenos de angustia y dolor:

-Mi mamá, mi madre, por qué no está conmigo. Madre mía, ven a consolarme, por favor, madre, ven.

Cuando bajó la intensidad de los sollozos, Cantador pidió que le dieran un vaso de agua y luego la sentó al borde de la cama, y ella quiso levantar el cuerpo del niño, pero él dijo que no lo hiciera, que mejor estaba así, quieto, descansando. Ella se inclinó para acariciarle sus cabellos y la carita, ordenándoselos como cuando lo hacía dormir. Le dio un beso en las mejillas y en la frente, para después quedarse inmóvil contemplándolo.

Mucho después salió Cantador pidiéndoles a unas mujeres que se quedaran con Pilar. Al regresar con el médico, ella se levantó de donde estaba sentada y se lanzó sobre él, tomándolo del cuello y ahorcándolo mientras lo insultaba y lo acusaba de ser el responsable de la muerte de su hijo, por no ser capaz de decir cuál era su enfermedad y no curarlo.

Cantador logró que se calmara y el médico sacó de su maletín el formulario respectivo y un pequeño frasco, que le pasó a una mujer diciéndole:

-Eche veinte gotas en un vaso de agua. Eso le ayudará a descansar.

Escribió el nombre del niño, 3 de diciembre, 21 horas, encefalitis y una vez extendida la certificación y al entregársela, le dio la mano a Cantador y le dijo:

-Yo voy ahora a informar al Comité, así que quédate aquí que ellos se preocuparán de todo.

Salió sin despedirse de Pilar que enmudecida se balanceaba en una

silla con sus ojos fijos en el niño. Entonces Cantador se acercó a ella y le dijo suavemente:

-Limpiémoslo y le cambiamos la ropa, para después dejarlo en su cuna.

Entonces las vecinas calentaron agua y la pusieron en un lavatorio, mientras ella buscaba la ropa. Luego le sacó la que tenía puesta, cambió sus pañales de género y le pasó un paño húmedo por su carita, que ya tenía cerrados los ojos. Repitió lo que hacía cada vez que lo mudaba, para luego dejarlo sobre su cuna envuelto en el chal que usaba para salir.

Al cabo de una hora se presentaron unas personas del Comité con dirigentes políticos, quienes dentro de la formalidad con que se presentaron fueron muy afectivos. Uno de ellos le pidió a Cantador el certificado extendido por el médico y le dijo que no se tenía que preocupar por nada, porque todo lo harían ellos y que en la mañana volverían con los trámites resueltos.

Ya entrada la noche, llegaron algunos conocidos chilenos y amistades que se habían hecho en el barco, a quienes habían informado desde el Comité. Le pidieron permiso a Cantador para calentar agua, pues habían llevado mate, bombilla y hierba, así como aguardiente y vino para pasar la noche porque se quedarían acompañándolos.

La pasaron conversando en voz baja, y sólo Cantador estuvo en el pequeño círculo alrededor de la mesa, con sillas prestadas por los vecinos, porque Pilar se quedó estática al lado de la cuna durante muchas horas. Pasado el amanecer algunos se fueron a sus trabajos, quedándose con ellos el matrimonio que se transformaría en el más amigo que tuvieron entre los exiliados.

Temprano, en la mañana, dos hombres de uniforme oscuro entraron a la casa con una pequeña urna blanca y las cuatro columnas de madera que terminaban en una luz. En la cabecera un cruz de bronce. Dejaron la caja sobre la cama y quisieron tomar al niño para dejarlo en su interior, pero Pilar con un movimiento de sus brazos lo impidió, tomando ella el cuerpo rígido

del niño envuelto en el tejido con el que lo habían cubierto, lo acunó por un instante y lo bajó suavemente. Cuando los hombres la cerraron ella volvió a llorar con desgarradores sollozos, aferrándose a Cantador que estaba a su lado.

Hacia el mediodía llegó una pequeña carroza y partieron al cementerio, en un cortejo con algunos autos que llevaban a los acompañantes españoles y chilenos que acudieron a la casa a expresar sus condolencias. Después supo que el Comité había informado a su trabajo y que esa era la razón de que estuvieran en el cementerio quien era su jefe y algunos de sus compañeros de trabajo. Al despedirse, el jefe le dijo que se tomara la semana y que regresara al trabajo cuando pudiera, que lo estarían esperando.

El auto de la funeraria los llevó de regreso a la casa donde arrendaban la pieza. La opresiva soledad del sitio los envolvió y se acurrucaron en la cama para caer en un sueño que en medio de sobresaltos los tuvo hasta que el frío los despertó. Se levantaron y comenzaron a ordenar lo poco que tenían. Al oír sonidos, algunas vecinas se allegaron a preguntar si necesitaban algo, así como a retirar las cosas que habían facilitado. Sólo Cantador habló con ellas y les agradeció la ayuda. Después le dijo a Pilar que fuera al baño a mojarse la cara porque quería que salieran a caminar.

Anduvieron en silencio un buen rato, hasta que Cantador, que la llevaba tomado por los hombros, comenzó a hablar:

-Nuevamente hemos quedado solos y se nos fue lo que más queríamos. Pero nuestra vida no tiene por qué terminar en esta tragedia. Este sufrimiento tiene que hacernos todavía más fuertes y seguir adelante, porque estamos los dos y nadie más, así que vamos a sobreponernos. Sé que quisieras estar con tu madre, pero es imposible. Me tienes a mí que soy tu marido y es todo lo que ahora necesitas. A mí también me duele el corazón pero no me puedo quedar en el dolor porque tenemos que salir adelante como sea.

Pilar lo tomó por la cintura y se apretó a contra él y volvió a sollozar, pero ahora sin angustia ni lamentos. Un silencioso y lento caminar por la

calle no ayudaba a relajar la tensión que ambos sentían en sus cuerpos, hasta que ella habló:

-No sé qué haremos mañana o pasado mañana, cuando yo, sola en la pieza, sienta su ausencia. No sé si podré soportarlo. Es que tengo tanta pena y tanto dolor, que me gustaría dormir y dormir hasta despertar sin nada.

-Yo no voy a trabajar así que no estarás sola. Pero vamos a tener que apoyarnos en lo que haremos. Mañana vamos a buscar a dónde irnos, porque no quiero que sigamos aquí. Eso es lo primero. Lo que venga lo veremos más adelante ¿Te parece?

-Sí. Quedarnos aquí será un sufrimiento, así que lo mejor es que nos cambiemos lo más pronto que podamos.

Al día siguiente compraron un periódico y buscaron arriendo. En la tarde ya habían encontrado un pequeño departamento más al centro y al día siguiente se mudaron, en una camioneta que facilitó un dirigente del Centro Republicano. Para evitarle más angustias a Pilar, Cantador guardó la ropa del niño en una maleta aparte de las dos de ellos, ordenó las cosas que habían adquirido en unas cajas y se mudaron.

Los días en el nuevo lugar ayudaron a mitigar el dolor aunque la pena no dejaba a Pilar, que ya no tarareaba sus canciones cuando cocinaba o hacía el aseo. Había logrado que Cantador la llevara domingo a domingo a dejar flores al nicho del niño, lo que la dejaba en un estado depresivo durante días, que se fue acumulando hasta que él se dio cuenta lo que provocaban las visitas al Cementerio General y comenzó a espaciarlas, lo que no gustó a Pilar hasta que se fue convenciendo que no era lo mejor insistir en continuar alimentando la pena para superar el dolor.

Era pleno verano y los fines de semana Cantador decidió que salieran de la ciudad para conocer la costa cercana a Santiago, logrando que Pilar poco a poco fuera recobrando algo de la alegría que era una de sus cualidades. Fue a fines de febrero cuando le anunció su nuevo embarazo, que él recibió con un silencio. No hablaron durante un momento que a ambos les pesó, como si un sentimiento de culpabilidad hubiera acompañado las

palabras de Pilar. Luego dijo Cantador:

-Es mejor así, porque volveremos a ilusionarnos criando. No se trata de olvidar a Miguelito, por cierto que no. Pero tenemos que comenzar de nuevo y ya sabemos lo que debemos hacer y los errores que no debemos cometer. Es duro aprender así, pero lo que ya pasó debemos dejarlo atrás. Ahora tenemos que preocuparnos de ti.

-Ya lo sé, pero tengo miedo. No quisiera pasar por lo mismo otra vez, que ya no tendría fuerzas para seguir. Es que he perdido demasiado en mi vida. Primero mi padre, cuando era niña; mis hermanos en la guerra; ahora mi hijito. Mi madre tan distante y sólo te tengo a ti, que no quisiera que te alejaras. Espero que este nuevo hijo o hija crezca sano y bien y que lo podamos criar sin contratiempos.

Fueron sentimientos encontrados y muy difíciles para ambos, especialmente para Pilar, que mezclaron el recuerdo con el temor, por lo que no vivieron la certeza de la gravidez con la felicidad de la anterior. Mas con el apoyo del médico que la veía fueron superando los temores, logrando terminar el embarazo con tranquilidad y esperanzada en que la nueva criatura crecería bien y normalmente.

Días después del que hubiera sido el segundo cumpleaños del hermano que ya no estaba, Pilar dio a la luz una niña. Desde ese día las atenciones y cuidados con ella fueron casi una obsesión, aunque les parecía que después de la desgracia habían llegado los años de plenitud pues durante esos años Cantador continuó en la empresa de aparatos eléctricos, aprendiendo diversas técnicas y trabajos que le dieron una calificación y una preparación avanzada.

Los recuerdos de España todavía estaban frescos y las noticias de la guerra eran cada vez más pesimistas, porque Alemania continuaba avanzando e invade la Unión Soviética y de acuerdo con lo que se sabe en Chile, su avance es arrollador. Sin embargo, también se conoce lo que Japón le hace a Estados Unidos al bombardear su flota del Pacífico y la declaración de guerra que mete de lleno a este país entre los beligerantes. A

pesar de todos los análisis que hacen Cantador y su mujer de esas noticias, nada les da esperanzas de que se puedan abrir las posibilidades de su retorno y el término del exilio.

Pero es la muerte del presidente Pedro Aguirre Cerda lo que enluta a los refugiados españoles, que concurren a los funerales que fueron parte de la demostración del cariño que se le tenía. Es una multitudinaria expresión que llena las calles desde La Moneda, luego en la Catedral y finalmente en el cortejo, con miles y miles de trabajadores y pobladores que salen a despedir sus restos. En el largo cortejo que acompañan sus restos están muchos de los refugiados que caminan detrás de la bandera de la República.

Un día alguien le dijo a Cantador que en Mademsa, una fábrica relativamente nueva de artefactos de línea blanca y electrodomésticos en ese tiempo, había un puesto vacante y buscaban a alguien con experiencia para hacerse cargo de él. Se presentó a una entrevista con los gerentes italianos y fue aceptado como supervisor, cuya responsabilidad era el mantenimiento de la maquinaria, de manera que la producción no se detuviera por el desperfecto de alguna de ellas.

La seriedad con que realizaba su trabajo y la relación que estableció con los trabajadores que estaban bajo su responsabilidad, hizo que se ganara el respeto y el afecto de muchos, especialmente de quienes solidarizaban con la lucha de quienes habían combatido el alzamiento franquista y que sabían su significado político. Cantador correspondía a ese aprecio, apoyando a los trabajadores en sus peticiones de mejoramientos salariales, haciéndose portavoz de sus necesidades. En su permanencia en la empresa llegó a ser jefe de una sección importante, a tal punto que cuando Fulgencio Batista, como Presidente de Cuba visita Chile y es llevado a conocer las instalaciones de esa empresa, Cantador está junto a los dueños saludándolo.

Durante esos años los jóvenes vieron de qué manera cambiaban los presidentes, con la muerte de Juan Antonio Ríos, pero su interés seguía con los ojos puestos en España, pensando que la guerra sería favorable para el retorno. Las noticias se sucedían y la humillación de Hitler en el invierno

ruso, las derrotas en los frentes de África y el desembarco en Normandía abrían las esperanzas. Cae Alemania, Hitler se suicida y poco a poco se van conociendo los horrores del nazismo, que los norteamericanos manejan en el mundo que en algo les sirve para ocultar el espanto de la bomba atómica con que obligan a rendirse al Japón.

El panorama en Europa cambia y Franco, que astutamente se había desligado de sus amistades fascistas, se ubica al lado de los vencedores utilizando el anticomunismo que le ayudó a congraciarse con Estados Unidos. En Chile la guerra tiene sus repercusiones, porque una vez iniciada se distancia de los países del Eje y apoya abiertamente a los Aliados, que son el poder de compra para las materias primas que requieren para la producción de armamento. Ello tiene sus consecuencias cuando asume el gobierno Gabriel González Videla, quien fuera elegido presidente con los votos comunistas pero que después, ya iniciada la guerra fría, decide apartarse de ellos y dicta la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que pone fuera de la ley a ese partido e inicia una fuerte represión contra los dirigentes de los partidos políticos y de los sindicatos, encarcelándolos o relegándolos.

En una ocasión la empresa donde trabajaba Cantador fue visitada por él, que se fotografió con los trabajadores, con los propietarios y con los dirigentes sindicales. En muchas fotografías algunos salieron levantando el puño. Cuando estaba en plena ejecución la persecución de los dirigentes y militantes de izquierda, muchos de esos trabajadores fueron encarcelados y otros enviados relegados a Pisagua, un campo de prisioneros creado para ese efecto en el norte del país.

Por esos años nació otra niña que haría mayor la dicha familiar, complicada a veces por la situación política del país y los problemas económicos que debían enfrentar con el sueldo de Cantador, hasta que nuevamente el temor a la muerte se apoderó del matrimonio. La hija mayor se enfermó y hubo de ser hospitalizada durante largos meses. Una grave dolencia cardíaca requería de tratamiento y éste no se podía hacer en la

casa, lo que ya significaba un dolor por no poder estar con ella ni tener certezas respecto a la mejoría de la hija. Apareció el recuerdo del niño y Pilar cayó en una profunda depresión, porque según los médicos el tratamiento no avanzaba y era posible que la niña quedara con serias secuelas, que eran muy difíciles de prever. Mas el tratamiento dio un vuelco al llegar al hospital una nueva droga creada años antes por un científico alemán que por su descubrimiento recibió el Premio Nobel, con la cual su dolencia cardiaca fue superada salvándole la vida.

Para Cantador las cosas no son fáciles, porque además de tener que sostener la familia con su sueldo, tuvieron que vivir, como todas las familias de obreros y empleados, la escasez y el racionamiento de los productos necesarios para el sustento. La situación era difícil y en algo les recordó el período la Guerra Civil de que les tocó vivir, pero fueron saliendo de ella hasta que Cantador decidió que estaba en condiciones de buscar ingresos más allá de trabajar para empresarios poderosos.

NAVEGACIONES Y REGRESOS

*Aquí no están contentos,
así no andan las cosas.
No me gusta en el viaje
hallar, en los rincones, la tristeza,
los ojos sin amor o la boca con hambre.*

(Neruda: El barco)

Cantador se fue dando cuenta que mientras más responsabilidad tenía en la empresa y mejor hacía su trabajo, no había respuesta a sus expectativas salariales, a tal punto que renunció para iniciar la búsqueda de un camino propio, sin patrón, que le permitiera una mayor realización económica, porque sus planes iban más allá del bienestar familiar.

Al irse de la empresa fue contratado para trabajar en las instalaciones de una gran manufacturera de cobre y se unió a una firma que le permitió realizar aquello que a Pilar le parecía un sueño pero que era una necesidad compartida: viajar a España.

Los primeros años de su permanencia en Chile siempre fueron de espera, al punto de convencerse que una vez finalizada la Guerra Mundial los aliados sacarían a Franco. Pero el fascista había declarado la neutralidad en ella, aunque siempre estuvo al lado de Italia y Alemania, al punto que Hitler creó la Legión Cóndor que se encargó de realizar los grandes bombardeos sobre las tropas y ciudades españolas controladas por el gobierno. Fue esta fuerza la que destruyó la ciudad vasca de Guernica. Los aliados, una vez derrotado el Eje, no hicieron nada e incluso, con anterioridad ya habían reconocido el gobierno de Franco.

Por ello que las esperanzas que los afirmaban en la idea del regreso se fueron esfumando y debieron esperar que se dieran las condiciones

para intentar hacerlo. La ocasión se produce cuando Franco utiliza la celebración de las fiestas del Apóstol Santiago para lavar su cara represora ante los gobiernos de Europa, en una mezcla de parodia mística, culto a la personalidad y show eclesiástico ingresa a la catedral de Compostela bajo un palio dorado. Allí, como ofrenda al patrono de España, dicta una amnistía general, aunque continuarán las persecuciones, encarcelamientos y ejecuciones de republicanos.

Cantador ve la oportunidad de ir a su país y durante dos años ahorran y logra un préstamo que le permite comprar los pasajes para viajar en barco. Después de firmar una promesa de no participar en actos ilegales ni políticos, que para el franquismo era lo mismo, dejan a las niñas al cuidado de una familia vecina y parten a encontrarse con su país. Están en España el tiempo necesario para ver a la familia de Cantador en Villanueva de Córdoba y a la de Pilar en Madrid, Oviedo y en una ciudad a los pies de los Alpes, donde finalmente se había quedado su madre con quienes habían salido con ella al fin de la guerra.

El reencuentro con el pasado fue emotivo pero aleccionador, porque vieron que no podrían volver a su país, transformado en una dictadura en la cual se continuaba persiguiendo a los republicanos a pesar de la propaganda del gobierno, y que la cesantía y pobreza hacía que los hombres continuaran saliendo de España buscando trabajos en los otros países europeos. Y supieron de qué manera los prisioneros republicanos que no habían muerto hacían trabajos forzosos levantando el monumento con que el dictador quería perpetuar su traición y el poder de la iglesia en el triunfo fascista.

Volvieron a Chile con una nueva mirada y convencidos que era en el país donde debían crecer las raíces que ya habían echado y que no se habían dado cuenta de la firmeza con que se arraigaron. Tenían un hijo sepultado en esta tierra y dos hijas que ya crecían y se educaban como chilenas. No volverían ni aunque muriera Franco.

A medida que pasaba el tiempo se fue ampliando la red de relaciones laborales de Cantador, logrando hacerse de una buena imagen cuando le

correspondió ganar contratos en el rubro de la construcción y de la carpintería metálica, lo que había ido aprendiendo en los empleos que tuvo en industrias y constructoras. Asociándose con pequeños empresarios, realizó trabajos logrando que la familia creciera en bienestar, a tal punto que decide intentar un cambio de rumbo y se instala con una casa de venta de discos, aunque sin abandonar del todo la construcción. Ese tiempo es un paréntesis en el ajetreo dedicado solamente al trabajo industrial, el cual le hace decir que en su vida había conocido a gente que mucho después se convertirían en grandes personajes. Recordaba cuando en un cruce de caminos, en plena guerra, se encuentra con un hombre alto, con un grueso capote, que después sería conocido como el Mariscal Tito y ahora un adolescente amigo de sus hijas le lleva a su casa de discos uno que le habían grabado en una empresa discográfica. Le pide que lo escuche y le dé su opinión. Cantador lo encuentra muy bueno y lo felicita. El joven sería muchos años después el mejor pianista de Chile después de muerto Claudio Arrau: era Roberto Bravo.

Desde hacía unos años se habían mudado a una casa que arrendaron en la parte oriente de la ciudad, donde después de terminar con su negocio de discos, volvió de lleno a lo que más conocía instalando un taller de cerrajería en el cual daba trabajo a tres obreros, con quienes realizaba diversos trabajos de cerrajería que le permitían vivir sin sobresaltos. Encontró independencia y pudo dedicarse a una actividad que le dio muchas gratificaciones personales y le permitió servir de gran manera al país que lo había recibido. Porque aprendió radiotelefonía e instaló una estación transmisora en su casa, que para el gran terremoto de 1960 fue uno de los elegidos por el Ministerio del Interior para establecer la red nacional de emergencia al caerse todas las comunicaciones con la zona devastada.

En esos años Pilar comenzó a sentirse mal y los médicos no encontraban la causa de sus malestares, a pesar de los exámenes que le hacían. Hablaban de depresión, de nostalgia por su tierra y de muchas otras causas psicológicas, pero no podían dar un diagnóstico certero hasta que la

internaron en el hospital San Juan de Dios.

Nuevamente lo aciago hace presa de Cantador. Pilar se enferma y al igual que la primera vez que es internada recién llegada a Chile, le descubren una anormalidad interna. Pero ahora no son pólipos, sino que un cáncer muy agresivo al cuello del útero, que no puede ser tratado con cirugía sino con aplicaciones de cobalto que no se hacían en el hospital público sino que en una clínica privada de la calle Providencia. La enfermedad se detuvo pero los resultados significaron una considerable merma financiera en lo que Cantador tenía capitalizado.

La hija mayor se casa y llegan nietas y un nieto que ocupan parte de los días de Pilar. Pero ella comienza nuevamente con la nostalgia por su tierra y le pide a Cantador viajar a España, lo que genera una crisis, quizás la única, que tuvieron en su matrimonio. Él le explica que realizar un viaje en ese momento era casi imposible, tanto por el costo como por el trabajo que él estaba realizando y que no podía abandonar. Que era mejor que esperara unos meses para que fueran juntos. Pilar asumió una posición de intransigencia que terminó por generar una ruptura y decidió viajar sola, porque entre todos sus argumentos para obligar a Cantador estuvo el decirle que él no quería ir a España para no dejar a la otra mujer que supuestamente tenía. Ante ello, y con la indignación a cuestas, le compró el pasaje aéreo y ella viajó a España, pero esta vez no fue a visitar a sus familiares en Francia, pues había muerto su madre hacía años y lo que le quedaba allá eran sus cuñadas y los sobrinos, y el hermano que también se había salvado del franquismo y que estuvo en otro campos de concentración. Viaja a Asturias y a Villanueva de Córdoba donde se queda un tiempo con los familiares de su marido. Desde su pueblo le escribe reconciliándose con él.

Cantador debe esperar muchos meses para viajar, pero le interesa sólo ver a sus familiares en Andalucía, especialmente a su anciana madre que aún vivía y a sus hermanos. Nuevamente la realidad española lo golpeó con fuerza, haciendo que reafirmara la decisión de no regresar a su país porque vio que el bienestar que se apreciaba distaba mucho de lo que

él tenía en su país de adopción: libertad.

Al regresar reinicia el trabajo en cerrajería y con Pilar, ya superada la crisis, ven con alegría como todas las ilusiones políticas por la que lucharon en su tierra se comienzan a plasmar cuando Allende gana las elecciones. Era, para ambos, una sensación de que se cumpliría sus sueños, aquellos que los hizo conocerse y que a pesar de todos los dolores que tuvieron que compartir a través de los años, vivirían en un país en el que realizarían sus sueños de libertad.

Poco les duró la ilusión, porque los empresarios que contrataban los trabajos, decidieron vender su empresa de construcción y salir del país porque “los rojos”, los comunistas, les quitarían todo. Cantador vio nuevamente la España de su juventud, porque decían las mismas cosas que los ricos de su tiempo en Villanueva de Córdoba. Se parecían tanto, hablaban tan parecido, que cuando asesinaron al Comandante en Jefe del Ejército pensó que tendrían que huir, porque eran los fantasmas enemigos de esta República.

La mejor descripción la hizo Cantador cuando le informaron que se terminaban los trabajos con él:

-A ustedes no les importa dejar trabajadores cesantes ni obras sin terminar. Mucho menos las deudas que contrajeron con nosotros, los contratistas. Simplemente se van, huyen como ratas, como lo que son los capitalistas. Al igual que en España, dejan tras de sí su propia mierda para que otros la limpien.

LAS ILUSIONES PERDIDAS

*Chacales que el chacal rechazaría,
piedras que el cardo seco mordería escupiendo,
víboras que las víboras odieran!*

(Neruda: Explico algunas cosas)

Algo nuevo sentíamos con Pilar y la familia. En un comienzo fue como una explosión de felicidad y de ganas de hacer cosas, a pesar de lo que me habían hecho esos empresarios. Pero había que salir adelante y como nunca nos volvimos a juntar en el Centro Republicano. De los que llegamos en el barco, ya había algunos famosos, como los artistas, pero sin importar lo que hacíamos, cada cual quería aportar a lo que esperábamos sería nuestra República.

Pero desde un comienzo se vieron las cosas difíciles, porque no sólo se fueron a países en que había dictaduras que les aseguraban tranquilidad y ganancias para lo que habían sacado de Chile. Otros, quizás más cautelosos, se llevaron su plata a los países de América que no tenían conflictos graves, porque sabían muy bien cómo explotar a los pobres, que es la mejor lección que aprenden del capitalismo.

Y los que se quedaron comenzaron el trabajo de destrucción del gobierno, amparados por la derecha que clamaba la intervención militar para recuperar los privilegios que estaba perdiendo. Y nace el estraperlo, al igual como sucede en España, y muchos se enriquecen con él y favorecen el descontento de la gente. Se suma la iglesia y los curas con la reacción usan el mismo lenguaje que escuchaba en la España anterior al alzamiento franquista. Y preparan la traición hasta que destruyen todo y la aviación bombardea La Moneda. Es el fin, otra vez, de las ilusiones.

Pero el exilio nunca deja de serlo si no vuelves. Podrás dejar de ser

refugiado, pero nunca exiliado, especialmente si vas dejando en la tierra a la que llegas a quienes amas. Una noche Pilar se ahoga en pleno sueño y debo recurrir a los servicios de urgencia. No se sabe lo que tiene porque no son solamente dolores, sino que pequeños desvaríos que desestabilizan sus relaciones con quienes la rodean o extrañas conversaciones con sus familiares ya fallecidos. Los primeros diagnósticos son psicológicos: depresión por los constantes recuerdos de España; secuelas del tiempo en el campo de concentración; nostalgia. Pero el avance de sus momentos de descompensación se acentúa y debe ser internada en un hospital en el que descubren que la aplicación de cobalto para curar su cáncer le había quemado los riñones, lo que al cabo de los años hizo que dejaran de funcionar y que no había ninguna posibilidad de salvarlos. A pesar de que los médicos me habían prevenido acerca del desenlace, porque la operación igual sería imposible por su condición de enferma terminal, aunque hubiera un riñón para el trasplante, pedí que la llevaran al hospital de la Universidad de Chile, por si hubiese habido alguna posibilidad de salvarla. No la hubo. Así perdí a mi Pilar.

Se fue en septiembre, el mismo día que habríamos celebrado nuestra llegada a la nueva tierra. Llegamos en el barco de Neruda. Ese día ella partió en el de Caronte. Cubrimos su ataúd con la bandera de la República.

Había sido la compañera de mi vida, porque con ella comencé a levantar una familia desde la guerra misma. Era tan joven cuando nos conocimos, menor que yo, pero igual fue capaz de soportar lo que nos tocó vivir al salir de España. Me enamoré de ella cuando la vi caminando por esa calle catalana, tan alegre y tranquila como si no pasara nada alrededor nuestro. Era hermosa. Mucho más que la Maricruz, mi novia de Villanueva, que lo único que tuve de ella fueron las manos cuando me recibía en la casa y la madre se paseaba por la casa hasta las ocho de la noche, tocando una campanilla para que me fuera. Joder. Si cuando estaba en Chile tuve que escribir una carta para que se pudiera casar, diciendo que jamás le había hecho nada. Es decir, una especie de certificado de virginidad. Era la España

que dejamos.

Pilar fue siempre la mujer, la madre, la que lo hacía todo y que no dejaba que la ayudaran. Ni las hijas, aunque ellas nunca hicieron nada por sacarla o ayudarla con la casa, porque una nos salió polola y la otra, la menor, lo único que sabía era estudiar. Hasta en la universidad. Pilar era la que sabía lo que me gustaba y lo que no; lo que me molestaba o agradaba. Era la mujer que siempre estuvo a mi lado a pesar de todo. Lo único que nos separó un tiempo fueron sus celos que ella hizo la razón para viajar sola a España porque no quiso esperar a que yo terminara un trabajo. Pero fue una tontera. Nos queríamos y lo que hicimos desde que llegamos fue construir, siempre construir, porque después que regresamos del primer viaje a fines del gobierno del General Ibáñez supimos que no volveríamos a vivir a nuestra tierra.

Me costó superar su pérdida. Con el tiempo ella volvió a encontrar la alegría que se había perdido con la muerte de Miguelito, porque habían nacido las niñas y estábamos viviendo de nuevo, a pesar de los problemas. En la casa cantaba con una voz fuerte y muy afinada, que cuando estábamos en grupo la sacaba y se acompañaba con lo que fuera para hacernos creer que eran castañuelas. Pero eran canciones del norte y pocas del sur. Con el tiempo aprendió algunas que cantaban los artistas que se escuchaban por la radio o en los discos que teníamos en la tienda, porque cuando quería ser alegre, lo era. Así como mostraba su malgenio cuando algo le parecía mal. Lloviznaba y ella decía orvallar; no entendía que las pantrucas que se hacían en Chile fueran de pura harina de trigo, cuando las asturianas eran otra cosa. Y discutía diciendo que las pantrucas eran asturianas y no mapuches, porque siempre se habían hecho con harina de maíz, que se había llevado de América, como una masa con cerdo y condimentos que se cocía y no como ese amasijo que se tiraba al caldo con un huevo. Así era Pilar. Era brava mi mujer. Capaz de bañarse en tina con agua fría en pleno invierno, cuando no teníamos agua caliente, lo que a mí me parecía una locura. Pero ella era así.

Cuando la conocí era una joven que a pesar de no ser enfermera

estaba como ayudante en una especie de hospital para los heridos de guerra, ayudando a curarlos, a limpiarlos y hacer lo que era necesario para aliviarlos de sus heridas. Me dijo que el trabajo lo debía hacer para ayudar a los que sufrían, que era parte de su compromiso con los cuáqueros ingleses que las habían sacado de Asturias con la madre y sus cuñadas, a las que conocí cuando las vi en Berga.

Así era mi Pilar.

Lo que vino después fueron años dolorosos por la soledad, pero que no tenía por qué hacerlos vivir a mis hijas. Ellas se habían casado y cada una tenía su vida, buena o mala, pero era la de ellas y no me metía. Cómo les iba a dar mis problemas. Pero vino otra vez el fascismo que había vivido en España y lo que vi me demostró que era el mismo. Hablaban las mismas cosas y buscaban las mismas justificaciones para lo que hacían.

Antes de embarcarnos a Chile firmamos un compromiso con el gobierno de Chile de no participar en el país en actividades políticas. El nuestro fue un exilio político y no económico, como el que se impusieron los chilenos de derecha que se fueron cuando ganó Allende, y voluntariamente, porque nadie los obligó sino que ellos se arrancaron con la plata que habían ganado explotando a los trabajadores. Por eso que fiel a la palabra empeñada nunca me metí en cuestiones políticas, pero siempre asumí que así como estuve por los pobres de mi país tenía que estar con los de Chile. Sé que a nosotros dos nos trajeron los comunistas. Me imagino que al pertenecer al Quinto Regimiento y que mi comandante fuera Líster, fue lo pesó para que el Comité me seleccionara con mi mujer y Neruda diera el pase para embarcarnos. Siempre agradeceré a ese partido el apoyo y la ayuda para lo que nos sucede durante el primer año, cuando recién llegados al país mi mujer debe ser operada y después muere mi hijito. Pero nunca milité. Por eso sentí, junto con Pilar, una gran alegría con el triunfo de Allende, aunque me significó el comienzo de la crisis económica que tuvimos que vivir, porque al estar trabajando con una empresa constructora, sus dueños huyeron de Chile dejándonos a mí y a los trabajadores sin respaldo alguno.

Por un corto período el taller que tenía en la casa me permitió salir adelante y poder responder a los efectos que produjo la enfermedad de Pilar.

Sin embargo, el golpe de estado y la dictadura militar me obligan a dejar por un tiempo la cerrajería pues no hay trabajo para ello, y debo sobrevivir adecuando mi camioneta con tambores metálicos y vender parafina a domicilio. Luego viene la partida de mis hijas al exilio con sus familias y quedo absolutamente solo.

Al tiempo algunos contratistas empiezan a buscarme para trabajos muy determinados y como tenían confianza en mí, me los dan. Uno de ellos fue hacer portones blindados que una vez terminados en mi casa, se los llevaron para instalarlos. Después supe que eran para la casa del general de la aviación que dio el golpe y que mandó los aviones contra La Moneda, que si lo hubiese sabido de antes, no los habría fabricado, que fue lo que hice cuando me buscaron para levantar el pasamanos de la casa del tirano, arriba de Santiago, donde se construyó la mansión. Pero dije que no podía hacerlo porque era en bronce especial y yo no sabía trabajarlo, por lo que me libré de haber trabajado para que ese hijo de puta tuviera su palacete, aunque era mucha la plata que me ofrecieron. Habría sido como trabajarle a Franco en El Ferrol o en el Valle de los Caídos.

Tuve que empezar a realizar trabajos pequeños, como arreglar rejas y puertas metálicas; o a realizar pequeñas obras de construcción a vecinos que sabían en lo que yo trabajaba. Fue en una de las casas que me llamaron donde ocurrió un hecho que me recordó los tiempos de soldado en el Ejército Republicano. Había que hacer una entrada de autos, para lo cual tuvimos que levantar la tierra para el pavimento y poder hacer la reja del portón al mismo nivel del piso. Cuando los trabajadores estaban picando el suelo, dieron con un objeto duro que al desenterrarlo resultó ser un fusil ametralladora de los que usaba el ejército.

Los bandos militares habían señalado que todas las armas de fuego debían ser entregadas en las comisarías, bajo pena de presidio si se encontraba alguna en poder de civiles y, en más de alguna ocasión, hablaron

de recompensar la entrega si se comprobaba que el arma que se entregaba no era propiedad de quien la llevaba a la policía. Considerando esto, los trabajadores que lo encontraron me dijeron que querían ir a la comisaría por lo que podía recibir. Les dije que me lo entregaran y que yo vería lo que se hacía, porque si iban a la policía nos iban a tomar a todos presos, a la gente de la casa se las iban a llevar y si nadie sabía realmente por qué estaba esa enorme arma en la casa, capaz que nos fusilaran. Y que en definitiva, no tenían por qué andar denunciando a nadie. Hablé con la señora que me había contratado y le dije lo que pasaba. Ella se asustó y me confidenció que habían ido a hablar conmigo porque sabían que yo era español republicano y que necesitaban arreglar la casa porque habían tenido escondido a un senador comunista durante muchos días y había que borrar su paso. Que no tenía idea del arma, pero que debía ser del equipo de seguridad que lo acompañaba y que la enterraron por si llegaban a sorprenderlos. Envolví el fusil ametralladora, lo escondí en la camioneta y lo llevé al mecánico que me la veía, que también le ayudaba a los carabineros que tenían problemas con sus radiopatrullas y que no querían sumarios por lo que les pasaba cuando les daban un golpe o tenían un desperfecto mecánico atribuible a ellos. Le conté que en una obra me había encontrado el arma y que se las diera él a la policía, como si se la hubieran dejado en la puerta del garaje, como había acontecido con muchas pistolas y revólveres. Después me contó que con la carga que tenía, los mismos carabineros se habían puesto a disparar en la orilla del canal San Carlos, donde no había construcciones ni calle.

La dictadura militar se nutrió también con el soplónaje y la denuncia, muchas veces hecha con la maldad propia de quienes creyeron que encarcelando y matando a quienes estaban con el gobierno era un acto legítimo. Yo había dejado de ser radioaficionado hacía muchos años, pero no había sacado la antena que estaba en el patio y que se veía desde la calle por su altura. Durante una semana la policía uniformada estuvo yendo a la casa a preguntar diversas cosas, hasta que una mañana ingresó de civil y revisó las camas y debajo de los colchones; levantó partes de la tierra en el patio y

hurgó en muebles. La explicación del capitán por lo que estaban haciendo era una denuncia por una supuesta radio clandestina que funcionaba en la casa. La había hecho un vecino, que por cierto no supimos cuál había sido.

LA ÚLTIMA Y DIFÍCIL RELACIÓN

*Hasta que ya la que me amó con furia,
con sangre, con venganza,
con jazmines,
no pudo continuar hablando sola,
mirando la laguna de mi ausencia.*

(Neruda: Amores)

Pero lo que me pasa en ese tiempo es una historia que cambia mi situación personal durante muchos años. Estaba parado en la puerta de la casa, al lado de la camioneta, cuando pasa una mujer que me queda mirando y después, ya avanzado bastantes metros, vuelve la cabeza para mirarme de nuevo. Yo no la había visto nunca y como le diría después, de haberlo hecho no se me habría olvidado, porque era buenamoza, de unos pocos años menor que yo y me pareció una buena señal que se hubiera fijado en mí. Me quedé esperándola para verla al regreso y cuando vi que aparecía en la esquina, saqué la manguera y me puse a regar la vereda. Al llegar cerca de donde yo estaba, entré y corté el agua y esperé que pasara y cuando estaba a unos pasos le hago una especie de verónica.

-Buenas tardes. Cuidado, no se vaya a mojar.

-Gracias. Es un caballero.

-¿Vive usted por aquí?

-Sí, a la vuelta. Me cambié recién la semana pasada a la casa que estaba en venta.

-Con razón no la había visto antes.

Comenzó a caminar y yo continué hablándole, así que me fui con ella hasta la puerta de su casa. En el corto trayecto me enteré de su nombre, que la casa la había comprado con el dinero que le había dejado su marido al

separarse y lo que le habían enviado sus hijos que estaban en el extranjero. Me preguntó de mi vida, le dije que era viudo y que mis hijas también estaban en el extranjero. Al despedirnos, le ofrecí mi ayuda para solucionar los problemas que le surgieran con la casa, y que me buscara después de mi llegada del trabajo.

Al día siguiente no bien hube llegado, escuché que golpeaban en la reja exterior y al asomarme vi que era la vecina que después de saludar me dijo:

-Como ofreció ayudarme con la casa, quiero pedirle que por favor me vea un enchufe que parece que está malo, porque no enciende la lámpara que puse ahí.

Busqué unas herramientas y fui con ella.

Efectivamente, el enchufe estaba con un cable suelto que reparé rápidamente y allí comenzó todo:

-Ay, vecino, que bueno que lo arregló. No sabe cuánto le agradezco y no sé cómo pagarle.

-No se preocupe, vecina, pero aquí hay que hacer unos cuántos arreglos, revisando todos los enchufes y todos los interruptores. Y después todo lo del agua, porque estas casas tienen sus años.

Así en esa semana fui a la casa de la mujer todos los días en las tardes, después de guardar la camioneta. Ella me esperaba con café, pan y embutidos, hasta que el viernes le dije que quería quedarme en la noche y ella simplemente respondió:

-Pensé que nunca me lo ibas a pedir.

Esa noche y el día siguiente pareció que queríamos recuperar el tiempo en que cada uno estuvo solo, porque ella se mostró con una capacidad amorosa que me sorprendió. Durante el tiempo en que estuvimos juntos me pasaron cosas que después mis hijas interpretaron de distinta manera, pero lo único que sé es que me salvó la vida. Llegó un momento en que me fui a vivir con ella, dejando la casa que había arrendado por tantos años y que su dueño no me quiso vender, desgraciadamente. Yo trabajaba con unos

españoles y comencé a sentirme mal, con dolores de estómago muy agudos que me hicieron consultar a un médico. Me diagnosticó una úlcera y me dio un tratamiento con pastillas que me tuvieron casi un año controlado, pero un día las personas con quienes trabajaba ven que estaba poniéndome amarillo y me da un ataque de dolor que me hace llegar al hospital de urgencia. Allí me calman el dolor y me vuelven a recetar pastillas, pero una mañana no puedo levantarme y ella parte al hospital con una resolución que le era muy característica.

Las veces que fui a control había insistido en que me hospitalizaran, pero no lo hacían. Sin embargo, cuando ella regresa me dice:

-Ya, ya tienes cama en el hospital. Mañana a las ocho de la mañana te internas en El Salvador para que vean qué tienes.

Al día siguiente, a las once de la mañana pasa la ronda y cuando me estaba examinando el médico le digo:

-Doctor, tengo úlceras.

-No. Usted nunca ha tenido úlceras.

-Pero cómo, si llevo casi dos años tomando remedios para la úlceras que me diagnosticó un médico.

-Usted no tiene úlcera y se lo voy a comprobar. Vamos a llamar al colega que lo está controlando y haremos una endoscopia. Veremos qué tiene.

Me hacen la endoscopia y cuando están los dos médicos uno le pregunta al otro:

-¿Tiene úlceras?

-No, no tiene.

Lo que descubren es que la próstata estaba tan inflamada que me impedía orinar y tuvieron que ponerme una sonda para que pudiera evacuar la vejiga. Después me operaron y estuve durante un mes y medio con la sonda, pero afortunadamente no era cáncer.

En todo esos años que pasamos juntos sucedieron cosas que terminaron con la relación, porque ella tenía una manera de ser que se volvió

insoportable. En verdad su interés por las cosas era extraña y siempre quería apropiarse de todo. Yo me había construido una casa en El Quisco que tuve durante años, hasta que la vendí e hice otra más grande y mejor ubicada. Tenía mayor terreno, la habilité con lo que tenía en la otra y compré lo que necesitaba para dejarla cómoda. Televisores, cocina y cuanto se necesita en una casa nueva. Pero parece que ella tenía envidia y poco a poco me fue pidiendo que llevara algunas para su casa en Santiago, que aunque todavía no convivíamos, como yo pasaba con ella, era mejor que las aprovechara y no las dejara en la playa. Pero después no quería que en el verano las llevara de vuelta y así se fue apropiando de ellas.

Una vez me invitó a una fiesta familiar y una prima suya, a la que había conocido antes y que trabajaba en una de las grandes tiendas de Santiago, dijo que a esa hora no tenía cómo irse y yo le ofrecí llevarla. La dejamos en su casa pero yo, que la vi algo inclinada a la coquetería, comencé a ir a la tienda con el pretexto de comprar hasta que una tarde nos juntamos a la salida y nos fuimos a su casa. Esto iba bien hasta que una noche yo, en vez de irme a mi casa, tomé la camioneta y me fui a la de la prima. Cuando llego, estaciono la camioneta y camino hacia donde vivía esta mujer, me doy cuenta que me había seguido en un taxi y se estaba bajando. Ante esta situación y conociéndola, no había posibilidad alguna de salir indemne del enfrentamiento, así que me apuré y subí hasta el último piso del edificio donde vivía esta prima y cuando calculé que ella había entrado, bajé y huí a mi casa.

Al día siguiente, cuando llegué como si nada, ella dio por sentado que su prima me había seducido y que como era un tonto que fácilmente me manipulaban, le había hecho caso. Que ella había puesto las cosas en su lugar, porque le había dado una golpiza para que no aprendiera a meterse con los hombres de otras. Me contó cómo le había pegado y en su relato, mezcla de insultos hacia ella y, por supuesto hacia mí, se reía con un orgullo que terminó por molestarme.

Por cierto que a su prima no la volví a ver nunca más, pero si la

tormenta había pasado, cada vez que podía me hacía severas advertencias acerca de lo que me podía pasar si la engañaba otra vez, y claro que lo decía en serio, aunque lo echara a la chacota.

Pero la convivencia se fue enturbiando, porque después de mi enfermedad y al cabo del tiempo tuve que entregar la casa porque no tenía sentido mantenerla si en realidad ya el taller no lo trabajaba y mis ingresos si bien no eran los de antes, logré, con las nuevas leyes españolas, recibir una pensión por mi condición de ex combatiente en la Guerra Civil así como una del estado chileno por los años de trabajo que impuse. Era poco, pero con los trabajos que realizaba en algunas obras que me encargaban los profesionales que conocía, podía vivir cubriendo las necesidades y las exigencias de la mujer que no siempre eran pocas.

Los años la hicieron más irascible y llegó un punto en que sus explosiones de mal humor generaron en mí una gran desconfianza. Compré una cocina para la casa de El Quisco, porque ya estaba muy deteriorada la que había. Me la dejaron en su casa y cuando me la iba a llevar, me pidió que se la cambiara por la que ella tenía, que no estaba tan vieja. Accedí y cuando la instalaron y el maestro iba a sacar la otra, ella dijo que no, que de su casa no se sacaba nada, y se quedó con las dos. Si se enojaba en la casa de la playa, me amenazaba con quebrar los vidrios a pedrazos, y una vez le tiró piedras a una ventana, para demostrarme que ella cumplía sus amenazas. Llegó a ser tan tremenda la situación, que decidí bloquear la puerta de mi pieza, porque terminé siendo una especie de arrendatario, pues le pagaba todo. De hecho ya no dormíamos juntos y en mi pieza armé una especie de taller, porque ahí miraba los planos y hacía los presupuestos de los trabajos que me contrataban. La relación era tensa porque a toda costa quería que yo hiciera lo que ella quería y exigía esto y lo otro, que le tenía que pagar por lo que fuera, hasta que decidí irme. Había arrendado un departamento pequeño para mí solo y cuando estuve listo para irme, se lo dije y saqué un televisor y algunas cosas pero cuando volví por las otras, me impidió entrar y se quedó con todo el dinero que yo tenía para pagar lo

que necesitaba para la obra en que trabajaba, incluso un dinero que estaba destinado a los maestros que contrataba.

Le expliqué por qué necesitaba sacar lo que quedaba, que era para mi trabajo, pero ella no escuchó nada y las veces que fui a pedirle que me dejara entrar, se negó. Entonces me despedí de ella y le dije:

-Eres una mala mujer y vas a quedar sola. Así pagarás lo que haces. Lo único que te interesa es el dinero y tener lo que quieres sin importar como lo consigues.

Alguien insinuó que yo había comenzado la relación con esa mujer cuando Pilar se enfermó. Que había sido conmigo muy comprensiva y preocupada por la salud de mi mujer, de tal manera que cuando ella partió no le fue difícil conseguir que yo cayera en sus brazos para superar mi pena. Eso era imposible porque la conocí mucho tiempo después, pero más que nada, porque no tenía tal capacidad ni inteligencia para tramar algo así, ni mucho menos pensar algo tan refinado y calculado esperando años para realizarlo.

Nunca más estuve con ella ni quise encontrarla, a pesar de la cercanía en que viví después de volver al barrio. Al cabo de los años la vi por una calle muy transitada: avejentada, horrible y sola, caminando como anciana desvalida, a pesar de que siempre sus hijos le enviaban dinero de donde ellos estaban. No dejaron de hacerlo mientras estuvimos juntos, pero lo único que supe fue que no querían vivir con ella, por la vida que le había dado a su padre y a ellos mismos, que se habían ido los tres cuando se separaron.

EL PUERTO FINAL

Cualquier día me puedo morir, yo soy consciente de eso, pero no le tengo miedo a la muerte ni estoy preocupado por eso. Yo creo que morir es como quedarse dormido, no más... un poco más complicado, pero...

(Cantador)

Cuando Cantador retoma su vida solo y ya de vuelta a una salud estable, rearma una rutina que le permite continuar trabajando y a medida que avanza la dictadura él va obteniendo contratos que le posibilitarán vivir, pero llega un momento en que se da cuenta que no puede continuar con el peso que le demandan las obras. En tantos años había establecido relaciones laborales con muchas personas y, entre ellas, con los dueños de una ferretería de la cual era cliente y que eran franquistas, aunque no estuvieron en la Guerra Civil y sus padres habían llegado mucho antes a Chile. Para Cantador era lo mismo, pues al momento de emitir juicios respecto a España, nuevamente se situaba en la trinchera y lanzaba diatribas contra los dictadores llamándolos criminales y asesinos, a sus defensores los trataba de fascistas y, finalmente, terminaba enojado pero igual se iba con uno de ellos a una cafetería cercana. Se había ganado el respeto de la gente que lo conocía, tanto por su carácter, por la honradez en las cuestiones que tenían que ver con dinero, como por la honestidad en defender lo que creía.

Pero pasaron los años y el frío de Santiago fue mellando su resistencia y en una decisión que postergó el mayor tiempo posible, partió a vivir con su hija mayor a Brasil, con esporádicas visitas a Chile en los meses de

verano. Se sabía español pero se sentía chileno, porque como él decía, había vivido más en Chile que en España y había terminado por aceptar la verdad que fueron construyendo con Pilar, aunque a ella le costó más aceptarla. Cantador lo comprendió muy bien después del primer viaje que hicieron, cuando aún estaban esperanzados con el retorno. Si hubiera caído Franco, pero Franco nunca cayó, decía, y uno no puede andar pensando en eso. Además, para qué andar pasando hambre, si allá no había trabajo ni comida. Llegar a esa conclusión le llevó un duro aprendizaje: primero, asumirse como refugiado político como fueron catalogados por el Comité que se creó en París. Después tuvo que trabajar, crear algo material que le permitiera la subsistencia y que cimentara las raíces que era necesario echar. Pero cuando las cosas cambian y obtiene la nacionalidad chilena, Cantador deja de serlo, según él lo comentaba, porque ya no se necesita amparo y hay satisfacción en eso. Es el logro que a uno se le reconoce porque es como si dejara de ser una carga para el país, que de una u otra manera lo hace sentirse extranjero. Saberse refugiado en un principio es duro y para quien ha estado en un campo de concentración cuando le llega la libertad, cualquiera sea el país, es la patria. No importa que hayas nacido en un lugar, comentaba, porque lo que verdaderamente vale, cuando sales al exilio huyendo de una dictadura, es donde uno vive, trabaja, hace una familia y cría a sus hijos, que en un comienzo también son refugiados. Pero hay un momento en el que dejas atrás los llantos por la tierra que dejaste y todo lo que había en ella, que eran tus padres y tus hermanos, porque nada habías construido para ti y por ti mismo.

Y era la diferencia que él establecía con sus amigos españoles con quienes discutía. Ustedes, les decía, vinieron a hacerse la América y a explotar a los chilenos. En cambio nosotros vinimos a trabajar con ellos y para ellos, y también para nosotros, pero sin quitarles nada. Porque en realidad esa fue la línea de conducta de Cantador durante toda su vida, tanto cuando era empleado de grandes empresas como cuando se convirtió en un pequeño contratista.

En algún momento Cantador justificó su apego al país que los había recibido diciendo que aquí tenían un hijo sepultado, que con eso ya habían ganado un lugar en esta tierra, pero que cuando la familia se forma alejada del franquismo y se termina su condición de refugiados, se sienten libres. Ahí acuña la frase “Tierra es solo tierra. Patria, la Libertad” que escribe en la lápida de la tumba de Pilar y que refleja lo que tiene como un valor máximo.

Sin embargo, a pesar de afianzar su pertenencia aquí y a ir perdiendo con los años los lazos familiares que lo unían a su tierra natal, se reconocía como español. Los recuerdos que tenía eran de su niñez como estudiante y de su adolescencia como miliciano, con muy pocos de la vida familiar. No había relatos de sus abuelos, de vida compartida con sus hermanos, recuerdos de amistades ni de juegos de infancia, mucho menos de redes afectivas en su casa o en el pueblo, salvo con su madre Catalina. Con los años la España natal se fue reconstruyendo en su memoria a partir de lo que iba sabiendo de su familia a través de una que otra carta que llegaba en el año, o de una llamada telefónica que podía recibir en la que le informaban de la muerte de alguien. Narraba, a propósito del fallecimiento del padre, que cierta vez cayó sobre los techos de la casa en que vivían una lluvia de piedras, que fue ensordecedora por el ruido que provocaban al golpear sobre las tejas. Cuando salieron a ver lo que había sucedido y los daños causados, se encontraron que no había nada, ni siquiera piedras. Después se enteraron, porque se lo comunicaron desde España, que había muerto Miguel, su padre, el mismo día y a la misma hora que había sucedido el estruendo sobre el techo de su casa en Chile.

En Pilar eran mayores los recuerdos familiares que hablaban de cohesión afectiva, que mostraban un fuerte apego a su madre y de recuerdos de infancia con los hermanos, terminados violentamente por la guerra. Incluso sus recuerdos llegaban a las canciones y al bable, que muchas veces utilizaba para referirse a algo.

Y así creció la familia y se fue conformando una manera de

relacionarse en que estaba presente la preocupación y el natural amor que se genera entre padre, madre e hijas, pero cuya manifestación material, de la caricia constante o del cariño que se expresa a través de besos o de abrazos, no se deja sentir. Y tal ausencia del vínculo cordial que da la cercanía de los cuerpos, se va a plasmar en el tipo de relación que se tendrá con quienes son sus más cercanos y que en ellos se va a fijar con el paso de los años.

Cantador decide partir porque los años le pesan, el frío lo agobia y la soledad de su vejez la va sintiendo con más fuerza. Tiene la esperanza que estará mejor en otro clima y con la compañía de la familia de su hija mayor con quien compartió más años. Y ahora vuelve a dejar atrás parte de su vida, la mayor parte de ella, pero ya no para construir sino a esperar que el tiempo cumpla con lo que indefectiblemente sabe hacer. No quiere aprender otro idioma, mucho menos adaptarse a las costumbres propias del lugar al que llega, así que cada viaje de visita a Chile en los veranos es una especie de descanso a las incomodidades que le provoca la distancia.

Se enferma, debe ser operado, pero encuentra que fue un error médico porque él no tenía nada, mucho menos el cáncer del que se entera al tiempo después que se le diagnostica y extrae. Y avanza apoyado en el mismo refrán que aplicaba cuando tenía certeza de algo: “Porfía, porfía, pero no apuestes”.

Hasta que una mañana escucha gritar con insistencia su nombre y ve a Pilar, al pie de la escalera que lo subirá al barco, agitando sus brazos diciéndole:

-Juanín, Juanín, ven por aquí, que te estamos esperando con Miguelito.

Sin embargo, cuando la misma guerra te abre las esperanzas y en ella te enamoras y comienzas el largo peregrinar que te llevará a un lugar ignoto, y te afirmas a la tierra y luchas ahora sólo con lo que la vida te ha entregado, formas una familia y el trabajo te fortalece, ya te has convertido en hombre.

Eso es lo que aconteció con el miliciano republicano, miembro del Quinto Regimiento, que partió al exilio y construyó en Chile su vida, la de su mujer y la de sus hijas. Más allá del testimonio del combatiente y del trabajador, está el hecho de haber alzado su existencia por sobre el sentimiento de derrota o de víctima de la historia o de su suerte. Los dolores, pérdidas y momentos de angustia vital son asumidos como parte de la existencia y no como resultado de circunstancias adversas, producto de un pasado doloroso. Y así como no te ves como héroe, tampoco te percibes como víctima de un hado.

Está la aceptación de su vida tal como la fue construyendo y reconstruyendo, en una historia que logra hacer confluir el pasado vivido, el recuerdo y la lucha contra el olvido, que da como resultado una existencia con dignidad y consecuencia aceptando cada uno de los desafíos y jugando a ser mejor cada día, sin renunciar a aquello por lo cual se incorporó a la República: la libertad, la justicia y los pobres. Porque su elección primera fue esa, y lo marcó para siempre.

Cuando reflexiono en torno a las vidas de mi abuelo y de mi abuela, pienso en la grandeza que puede alcanzar el ser humano. A él y a ella, que con el corazón en las manos llegaron a un futuro incierto y forjaron un nuevo destino.

Espero algún día volver a las tierras del destierro y desde la libertad recorrer los pasos que alguna vez ellos dieron.

CONSTANZA GÓMEZ RUBIO